

## LAS VÍSPERAS SICILIANAS.

(Conclusión.)

El año de 1285 es uno de los más notables entre los de la Edad Media. En él llamó Dios á dar cuenta de sus hechos al Papa Martino IV, el día 28 de Marzo, al Rey de Francia, Felipe el Atrevido, á su tío Carlos de Anjou, y á su antagonista Don Pedro III de Aragón: Notable coincidencia. Martino IV era francés, y muy afecto á las cosas de su país. Además de haber excomulgado al Rey D. Pedro de Aragón, le declaró privado de su Corona, y dió la investidura de ella á Carlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia.

Carlos de Anjou murió en Foggia de la Pulla, al ver su adversa fortuna, y que no sólo había perdido la isla de Sicilia, sino que tenía perdida gran parte de sus Estados en Nápoles.

Su sobrino el Rey de Francia, tanto para vengar esta afrenta, como por aumentar sus Estados y aprovechar la ocasión de engrandecerse á título de Religión y de favorecedor de la Iglesia, levantó un formidable ejército de 150.000 infantes, y más de 18.000 caballos: los acemileros y vivanderos pasaban de 40.000, y para la custodia de ellos venía además otro no pequeño ejército. Toda Francia, Flandes, Suiza, Génova, Piamonte, Toscana y Nápoles enviaron sus tropas contra Aragón; siendo lo peor que hasta de Navarra se sacaron fuerzas, pues con el Rey de Francia y el intitulado Rey de Aragón venía también Felipe el Hermoso, hijo mayor de aquel y hermano de éste, que se apellidaba Rey de Navarra. Hasta el Rey de Mallorca, halagado por el francés con tentadoras promesas, hizo traición torpemente á su hermano, y manchó su nombre y su Corona.

Imposible parecía resistir á tantas fuerzas con las tropas,

que á sus órdenes tenía el de Aragón, y aun esas descontentas al ver que tenían sobre sí las censuras pontificias, con grandes perjuicios temporales y ninguna utilidad, nada más que por el capricho del Monarca en meterse á correr aventuras, para ganar lo que llaman *glorias*, á costa de los tesoros de sus súbditos y de la sangre inútilmente derramada y con ingratitud correspondida.

El amor á la independencia, y el odio á la dominación extranjera salvaron entonces al Rey, pues todos, aun los más descontentos, empuñaron las armas para defenderle y defender al país. La circunstancia de ser francés el Papa que había destituido de la Corona á los Reyes de Sicilia y de Aragón para darlas á franceses, hubo de recordarse demasiado por los descontentos, que de veras ó de apariencia mostraban tanto respeto al Papa como odio á los franceses.

El ejército francés avanzó por el Rosellón para penetrar en Cataluña; salió al encuentro el Aragonés, y logró impedirle el paso del Pertus. Envió el de Francia un heraldo intimándole, á nombre del Papa y suyo, que entregase el reino; pues de lo contrario, entraría á sangre y fuego. Contestó el de Aragón que aquella tierra era española y la habían ganado los españoles con su sangre, y que no era extraño quisieran tan de barato los franceses lo que nada les había costado de ganar.

Veinte días tardó el formidable ejército en poder entrar en Cataluña: una traición descubrió á los franceses un paso mal guardado por encima de Perelada. Por allí penetró aquel torrente, viniendo á caer sobre Gerona. D. Pedro, condolido más de la traición doméstica que del desastre, apeló al recurso supremo de España contra todos sus invasores; la guerra de montaña, ó de gnerilla.

En vez de presentar batalla ocupó desfiladeros, privó de víveres y comunicaciones á los invasores, y sitió á los sitiadores de Gerona, donde se defendía el Vizconde de Cardona con 2.500 almugábares y 130 caballos. Por desgracia faltaron allí los víveres, y el Rey de Aragón, que privaba de ellos á los sitiadores, no pudo proporcionárselos á los sitiados. Capituló el Vizconde de Cardona con su pariente el de Fox, obteniendo las más ventajosas y honradas condiciones, no sin haber estipulado que esperaría 26 días el socorro y permiso del Rey de Aragón para capitular.

Ganada Gerona, se vió el Rey de Francia sitiado allí, y co-

menzó á padecer lo que él había hecho padecer: á la falta de bastimentos siguió el hambre, al hambre la epidemia y á esta la consiguiente postración. La tradición de Gerona conserva muy viva la noticia de las moscas que, saliendo del sepulcro de San Narciso, picaban á los invasores, los cuales morían en seguida. No se necesitaba acudir á milagros para lo que tenía una explicación bien obvia y sencilla; pero el patriotismo inventó, ó aprovechó la idea, para esparcir entre el vulgo poco timorato la idea de que no andaría tan mal la causa del Rey por el cielo, cuando los Santos la defendían en la tierra.

De hospital pasó en breve Gerona á ser cementerio del ejército francés, dejando allí enterrados 40.000 hombres. Lo que pasó en este siglo explica lo de entonces. El mismo Rey, tan orgulloso poco antes, tuvo que pedir capitulación y permiso para retirarse á Francia. Medió Felipe, á título de Rey de Navarra, y sobrino del de Aragón. Decíase que no había llevado á bien ni las censuras del Papa, ni las iras de su padre, ni la ambición de su hermano el de Valois. «Decid á mi sobrino, contestó D. Pedro de Aragón, que, por respeto suyo, concedo seguro á su padre y á su gente, y le respondo de los caballeros y tropas regulares; pero que no me atrevo á responderle de los almugabares». Y para cumplir su palabra y salvar aquel fúnebre convoy, hubo de constituirse con los caballeros de Aragón y Cataluña en guardia y escolta de aquellos moribundos, muchos de los cuales hubieron de espirar en el camino, y entre ellos el mismo Rey de Francia, que murió dentro de su litera al dar vista á su reino.

Por su muerte entró á reinar en Francia el de Navarra, Felipe el Hermoso, que tan funesto fué luego para la Santa Sede.

El de Aragón disfrutó poco de su triunfo. Preparábase á conquistar á Mallorca para castigar las veleidades de su hermano, cuando la muerte atajó sus pasos; pues falleció á 10 de Noviembre de 1285 en Villafranca del Panadés. Antes de morir pidió absolución de las censuras, y en el testamento no quiso hacer mención de la Corona de Sicilia.

Era D. Pedro piadoso de veras, y el cielo le dió una Santa en una de sus hijas, que fué Doña Isabel de Aragón, Reina de Portugal, y Patrona para obtener la paz pública por lo mucho que trabajó en avenir al Rey su marido con el Príncipe su hijo.

Oyendo decir D. Pedro de Aragón á moralistas áulicos que las censuras no eran válidas, porque sobre ser injustas, el Papa era francés y elegido bajo la presión de Carlos de Anjou, y de sus intrigas para apoyar sus proyectos en Italia, despreció, como era justo, estos malos consejos, y respondió con energía: *Justas ó injustas las censuras del Papa, siempre son temibles!*; palabras que quedaron en proverbio, aunque no sean del todo católicas, pues envuelven la idea de entrar á juzgar acerca de la rectitud y justificación de las censuras pontificias. Mas todo eso, y los disgustos consiguientes por las perfidias de los sicilianos, y la sangre española vertida inútilmente, y los escrúpulos del Clero y los Prelados, y los tesoros desperdiciados, y las exigencias de la aristocracia levantisca, y las funestas guerras de la Unión, á que contribuyeron estas en gran parte, se hubieran ahorrado sin la officiosa intervención de D. Pedro III el Grande en la funesta cuestión de *las Vísperas sicilianas*, inoportunamente resucitada, y que ha obligado á Su Santidad el Papa León XIII y á los Prelados de Sicilia á reponer la verdad histórica, desfigurada por políticos que, abusando de la Historia y haciendo alardes de no adular á los tronos y á la Iglesia, se postran ante los representantes de las ideas revolucionarias más anárquicas y descabelladas.

VICENTE DE LA FUENTE.

## EL AVARO <sup>(1)</sup>.

Cuentan que fué concebido

Á oscuras, de un sólo rasgo,

Para que no se gastase

Tiempo ni luz en forjarlo.

Su precio, según es fama,

No pudo ser más barato,

Pues si su madre lo tuvo,

Dicen que fué de regalo.

Se le halló manos á boca,

Como cruz libre de gastos;

Es decir, como pedrada

En ojo de boticario.

Vino á la tierra en Febrero,

Por ser el mes más escaso;

Y nació de siete meses,

Para tener dos ahorrados.

Por no dar, no dió á su madre

Ni los dolores del parto;

Pero le quitó la vida,

Y entró en el mundo tomando.

Se ignora cómo y en dónde

Pasó sus primeros años;

Que hizo de ellos un secreto,

Solamente por guardarlo.

Vedlo cómo al Cielo mira

Con la beatitud de un Santo,

---

(1) Desean con muy buen acuerdo varios amigos nuestros que se inserte en la REVISTA DE MADRID esta notabilísima composición del nunca bien llorado Selgas.

Desde que sabe de fijo  
 Que la luna tiene cuartos,  
 Jamás cambia la mirada,  
 Aunque mire de soslayo,  
 Ni con tuertos ni con bizcos  
 Por no perder en el cambio.  
 Porque es tomar, toma el aire,  
 Toma tiempo, toma espacio,  
 Y en cuanto al Sol, no lo toma  
 Por no dar sombra al tomarlo.  
 No cede ni las aceras;  
 No promete ni aun en vano;  
 No vuelve ni las espaldas;  
 No ofrece ni los pecados.  
 Si la urgencia con que vive  
 Le hace andar de arriba abajo,  
 No dice: «Estos pasos doy»,  
 Sino: «Yo tomo este paso».  
 Desperdiciar no es palabra  
 Que cabe en su Diccionario;  
 Y es, por llevárselo todo,  
 Capaz de llevarse un chasco.  
 Es corto porque se encoge,  
 Y por lo que alcanza es largo;  
 Por lo que niega, es estrecho;  
 Por sus pensamientos, bajo.  
 Por lo que chupa, es esponja;  
 Por lo que penetra, clavo;  
 Tirabuzón, porque saca;  
 Y por lo que agarra, gancho.  
 Si se enoja, de la ira  
 No suelta jamás los rayos.  
 No pone el grito en el Cielo;  
 Coge el Cielo con las manos.  
 Al duro infeliz que cae  
 De su codicia en el saco,  
 Hay que rezarle un responso,  
 Y, como á muerto, olvidarlo.

Á un sólo tener renuncia:  
Á tener hijos, pues tanto  
Es tenerlos, como darles  
El derecho de heredarlo.  
Suele la atención mermada  
Prestar en algunos casos;  
Y si presta juramentos,  
Es porque los presta en falso.  
Hace el viaje de la vida  
Con seguro itinerario,  
Pues eche por donde quiera,  
Siempre va derecho al grano.  
Por ganar la vez, es pronto;  
Por no perder tiempo, cauto;  
Porque nada sobre, sobrio;  
Por no dejar casta, casto.  
Tiene por memoria el ansia  
De conservar lo pasado;  
Por voluntad el vacío,  
Por entendimiento un antro.  
El alma muerta la lleva;  
Y es su avaricia el sudario,  
Su cuerpo la sepultura,  
Y su cara el epitafio.  
Vive, porque no se muere;  
Y no se muere, pensando  
Que puede dar en la tierra  
Alimento á los gusanos.  
De esta manera, en el fondo,  
Aunque en apariencia varios,  
Hay en los tiempos presentes  
Algunos....., bastantes....., ¡cuántos!

JOSÉ SELGAS.

## LOS PARÁSITOS.

### ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

¿Veis ese resplandor lúgubre y fatídico, que trae hasta el centro de la ciudad cargado el aire de malsanos y deletéreos miasmas, el áspero olor del incendio? Pues ese es el heraldo diabólico con que la plebe contesta á los que la hablan de sumision y acomodamiento.

Ya arde una fábrica de harinas, donde infames acaparadores encerraban el fruto criminal de sus rapiñas y estorsiones. Ni un solo grano se ha aprovechado, ni un solo costal ha podido salvarse. Arde el edificio por sus cuatro costados, arde la maquinaria que robaba el sudor á tantas familias, y hasta en el inocente y risuëño cauce molinar, bordeado de sauces y de espinos silvestres, caen inflamados trozos inmensos de techumbre, puertas y ventanas; las avaras medidas, nunca hartas, de amontonar riquezas; los sacos desfondados, y aun repletos; los cofres de ropas y vestidos, recién atestados; y la cuna del niño inocente, que abre por vez primera los ojos para contemplar estas escenas de desolacion y de muerte: ¡adelante!

No es bastante que la fábrica caiga; el almacén tiene que caer tambien. La Plaza entera debe hacer compañía al incendio, solidaria del crimen horrible de empobrecer á un pueblo que de tal manera destruye y aventa sus riquezas. No faltan haces ni faginas que arrimar á sus envejecidos pilares, ni mechas activas que fácilmente comuniquen el estrago. Todas las manos están ocupadas, todos los hombros son cómoda escalera, por donde el rapaz ó el demente trepan ligeros hasta las ventanas.



Alguno cae entre imprecaciones violentas, pero por cada uno que cae, ciento se levantan. La fiebre les domina á todos, la fiebre del incendio y de la destruccion, mil veces más vielenta que la enfermedad ó la locura.

¡Ya están dentro! ¡La multitud aplaude! De vez en cuando asoman sus rostros desencajados al cruzar con la tea encendida de un balcon en otro. Cada aparicion es un aplauso, porque la multitud comprende que cada una de ellas representa una nueva víctima en el interior del edificio.... Algunos tardan tanto tiempo en aparecer, que la multitud los cree muertos.... no los compadece, pero los llama á voces, inscribiendo prematuramente su muerte en la cuenta corriente de sus agravios.... por fin acuden á su vez, despavoridos y trémulos.... ¡nadie puede expresar el terrible aspecto que ofrecen!.... la multitud les saluda como á héroes.... cada uno ostenta en sus manos un trofeo de su victoria. Pero ¡ay! los laureles que ciñen sus marchitas sienes casi siempre están salpicados de sangre inocente; las palmas que blanden en sus manos aparecen degradadas y carcomidas por el incendio, que ya corroe y consume el mismo edificio del que despues de haber sido triunfadores, huyen asustados y lívidos como criminales.... pero la multitud que los aplaude sigue considerándolos como á sus héroes más distinguidos.

Ya solo se oye el sordo estallar de pisos y tejados que se hunden, y el clamor incesante de las víctimas que milagrosamente huyen del estrago; las chispas suben hasta el cielo, oscureciendo sus limpios celajes, y bajan luego, convertidas en innobles y negros carbones, á cuya caída la multitud aplaude regocijada, abriendo un ancho círculo, en el que la viga á medio calcinar chisporrotea y se consume lentamente. Los leños y tizones son otras tantas armas que, en manos del motin, llevan la desolacion á otros edificios.

Ya no se distingue en la anchurosa Plaza, de los antiguos y familiares edificios que cerraban uno de sus ángulos, más que una inmensa pirámide de fuego que amenaza propagarse á las casas vecinas, y un mar revuelto y tumultuoso de cabezas que se agita, se encrespa y vocifera con infernal regocijo ante semejante

desolacion y estrago..... y entonces,.... consumada la ruina de muchas familias, harto de venganzas el loco y mal gobernado populacho, cuando ya la desolacion ha llegado á su colmo y el daño puede considerarse irreparable..... entonces, sólo entonces aparecen por las bocacalles vecinas, y avanzan en orden de parada por los soportales, al toque de tambores y cornetas, los representantes del orden establecido y de la ley en uso, que han necesitado todo el tiempo que el motin ha sabido aprovechar hábilmente, para ponerse de acuerdo acerca del momento preciso, de la ocasion favorable y de la fórmula constitucional que era necesario aprovechar para intervenir legalmente en favor de la paz, del sosiego, y aun de la vida de sus administrados.

Entonces, sólo entonces la ley interviene, terrible, implacable y severa. Al fuego del motin, contesta el fuego de los fusiles..... unas cuantas víctimas ruedan por el suelo anegadas en sangre; el resto, heridos ó asustados, huye despavorido, contemplando con irónica sonrisa el humo ya inextinguible del incendio.

Á veces la resistencia se organiza, toma el motin proporciones y categoría de revolucion, y á veces triunfa..... pero, vencedor ó vencido, nunca repara sus estragos, ni indemniza á sus reos inocentes, ni resucita sus muertos, ni restaura las gravísimas heridas morales que su violencia, su soberbia ó su perfidia causaron en el cuerpo social.

## XXVI.

### EL ULTIMATUM DE LA SEÑORA PRISCA.

Dios quiso ahorrar á D. Pelegrin Burguillos, llevándole sin duda al lugar de sus elegidos, los terribles sobresaltos é indecibles angustias que hubieran amargado sus últimos instantes á haber sido testigo presencial de los desórdenes y extravíos de su

amado pueblo, de que fué teatro y víctima aquel día su ancha, desabrigada y poco elegante Plaza.

Acompañada de las lágrimas silenciosas de su hijo de sus toscas, pero fervientes oraciones, piadosamente asistido hasta en sus últimos momentos por su fidelísima ama de gobierno, después de haber buscado con filial amor, como bueno y ejemplar cristiano, en el seno de la Santa Iglesia, todos los alientos y esperanzas necesarias para emprender el más largo, y acaso el único viaje de su dilatada existencia, el excelente comerciante se durmió en el Señor, de quien siempre procuró ser fiel y leal hijo, antes de que el motin, rápidamente organizado, llegase á enseñorearse de aquella Plaza que tanto había amado, y que, por una de esas leyes inexplicables de las analogías, iba á sucumbir, casi al mismo tiempo que su vecino más antiguo.

Aquella vida tan pacífica y sosegada terminó, pues, entre el tumulto de un motin y los resplandores de un incendio; y más de una vez, en las largas horas de ansiedad que siguieron á su muerte, su vigilante criada, y aun el mismo Indalecio, á quienes la más vulgar prudencia aconsejaba dilatar por algunos momentos la práctica de las necesarias diligencias para tributar al jefe de la familia los últimos obsequios de su piedad, entretenían su amarga tristeza pensando en la rara perspicacia de aquel corazón, que desde el primer momento había sabido, no solo predecir los sucesos, sino profetizar sus consecuencias.

—Eso le ha matado. Indalecio, no lo dudes;—decía la Prisca, mirando con ojos llorosos el cadáver de D. Pelegrin.

—¡Sí, Prisca, sí! bien lo veo ahora..... ahora que ya no tiene remedio..... eso le ha matado.

(Se continúa.)

SANTIAGO DE LINIERS.

## LA PRÓDIGA.

NOVELA DE DON PEDRO A. DE ALARCÓN.

---

Con ser esta la tierra en que se ha escrito la novela más grande que han visto los siglos, hasta nuestros días, harto efímera ha sido la vida de este difícilísimo género literario, y bien menguado su influjo en los reinos del arte. Mas nótase hoy un como renacimiento, por demás glorioso, que debe regocijar á los finos amantes de las bellas letras. La patria del Quijote se ufana á la hora presente con novelistas de altísimo mérito; díganlo, entre otros, Valera, que si en la traza de sus composiciones, y en el enredo de la fábula, así como en el fin que persigue, no es digno en absoluto de alabanza, fuerza es confesar que no hay quien le vaya delante en lo que hace á primores de estilo; Navarro Villoslada, digno émulo de Walter-Scott; Pereda, el insigne pintor de costumbres, realista de buena ley, y superior á Galdós, á quien perjudica notablemente el ímpetu con que se arroja á ventilar los más temerosos problemas; él, que si tiene grandes dotes como escritor, no se distingue como filósofo. Á esta regia estirpe de ilustres noveladores pertenece el autor de *La Pródiga*. Para los que nos dejamos seducir por la belleza y tersura del estilo, es el Sr. Alarcón un escritor casi peligroso. Dice las cosas tan bonitamente, por modo tan admirable acierta á expresar sus ideas, hay en sus libros una elegancia y gallardía tales, que si por acaso se desliza en tal cual pasaje, ó pinta esta ó esotra escena con demasiado color, ó contra lo que él piensa y quiere, sacrifica la moral en aras de la belleza, dan como tentaciones de absolverle, en gracia al exquisito aliño con que sabe vestir sus pensamientos. Enemigo el Sr. Alarcón de lo que se ha llamado *el arte por el arte*, cuida siempre de sacar como fruto de sus

obras alguna que otra moraleja, que hará mal el lector en dar al olvido; porque las filosofías de nuestro novelista son de las que todo hombre debe poner sobre su cabeza y acatar con alegría de corazón. Así, nada más digno de aplauso que la enseñanza que pretende dar Alarcón en su último libro *La Pródiga*. Decir á todos los Guillemos y Julias que anden por esas calles, que en el matrimonio, y sólo en el matrimonio, han de encontrar dulce lenitivo á las amargas de la vida; y que yendo por otros caminos es inútil buscar la felicidad y la ventura, digno tema nos parece del P. Larraga, que no sólo del Sr. Alarcón. Lo que hay es, que suele este bizarrísimo escritor conducirnos al sitio de llegada, por sendas tan erizadas de abrojos, que fuera fácil clavarse una espina durante lo largo del viaje. Cuantos hayan leído *La Pródiga*—y tú, curioso lector, supongo yo que la habrás leído—suscribirán á mi dictamen. Habrán mirado con ojos de compasión á la heroína de nuestra novela, viéndola correr, como una bacante desmelenada, por todo el universo mundo, derramando gracias y prendiendo en las redes de su impuro amor á sus múltiples adoradores. Habrán lamentado además aquellas pícaras elecciones que, por hado fatal, llevan á Guillermo á peregrinar por el Nordeste de Andalucía, donde topa ¡mal pecado! con nuestra Julia, retirada por aquel entonces á llorar sus cuitas, *ni envidiada ni envidiosa*, y divertida únicamente á sabrosas pláticas con el tío Antonio, y á dar de comer con sus lindas manos á las gallinas y tórtolas, que alegran el Cortijo del Abencerraje, ó dígase el palacio donde Julia vive.

Fácil es de prever el interés con que habrán devorado las hermosas páginas que escribe nuestro autor, enderezadas á mostrar la honda pasión que se agita dentro del pecho de Guillermo, la cual no se calma, no, en este revuelto mar de la corte, antes se aviva más y más y le empuja, víctima de cierto desengaño, á ir á templar sus ansias junto á la egregia aventurera Julia. ¡Qué hermoso y qué poético capítulo el que consagra Alarcón al viaje de nuestro héroe! Trepano por el vallecillo del *Abencerraje*, ni le arredra la tempestad que ruge en torno suyo, ni le abate é intimida la oscuridad del camino, ni deja de latir brioso su enamorado corazón en medio de aquella deshecha borrascosa; Guillermo lleva un volcán dentro del pecho; Guillermo presente que aquella

noche ha de decirle Julia: *¡Yo le amo á V. con toda mi alma!* y esto basta para que la nieve que azota el rostro del esforzado mancebo, se torne para él en una á modo de lluvia de perlas y rubíes, y para que se le antoje senda de flores vistosísima la tierra salvaje que pisa. La llegada de nuestro caballero andante al palacio donde reside Julia; el atortolamiento del tío Antonio, tipo acabadísimo del criado á la antigua usanza, y dibujado por Alarcón con pincel de maestro; la indefinible impresión que *La Pródiga* experimenta al saber por boca del susodicho tío Antonio que es el mismísimo D. Guillermo en persona quien, calado hasta los huesos y muerto de hambre, está secándose á la lumbre en el piso de abajo..... todo esto lo cuenta Alarcón con tan rico colorido, por modo tan admirable, que el más pomposo elogio nos parece pequeño para tributárselo á nuestro novelista. Bien es verdad, que en esto de contar las cosas, de antiguo tiene conquistado Alarcón el título de maestro de los maestros. En *La Pródiga* ha conseguido narrar algunos pasajes con tal acierto, que después de leídos, cabe decir: *Non plus ultra.*

Á partir de aquí, toma la novela un sabor pronunciado de idealismo puramente convencional, que, maldita la gracia que habrá hecho á no pocos de cuantos la hayan leído. Hay mucho de falso, de extraviado, de contrahecho en el carácter de Julia; ó nosotros hemos perdido los memoriales, ó no suelen discurrir las mujeres con filosofías tan peregrinas como las que en boca de Julia pone el Sr. Alarcón. Tenemos por averiguado, que si muchos galanes se acercaran á brindar su mano á tal cual buena moza, si por dicha albergaba ésta dentro de su pecho todo el amor que en *La Pródiga* supone el novelista, la cosa tendría solución hartó más humana de la que fatalmente había de venir, dadas las tremendas resoluciones de nuestra heroína. Cierto que se trata de una mujer extraordinaria, y que ha podido el poeta forjarla distinta de las que vemos y hablamos todos los días; por esto nos explicamos varias genialidades de esta singular mujer, ¿qué más? hasta la frase verdaderamente espantosa con que termina el capítulo que lleva por epígrafe *El juramento*, no desdice en labios de la solitaria del *Abencerraje*; pero una de dos: si Julia tomaba los amores como suelen tomarlos las *grisettas* todas; si iba á caer á la postre en el más hondo abismo de la degradación, huelgan

ciertos nobles sentimientos y cierta delicadeza con que nos la pinta el poeta, pues si bien pueden refugiarse altas cualidades en el corazón de una mujer perdida, no es lo común que esto suceda; si, por el contrario, ardía pura y viva la llama de amor en el pecho de Julia, ¿á qué tantas y tan enrevesadas lucubraciones, con objeto de demostrar á Guillermo que por lo mucho que le amaba, por eso precisamente no quería casarse con él? Fenómeno extraordinario que ha menester de todo el talento del Sr. Alarcón, para que nos parezca verosímil. Huésped ya Guillermo en aquel retiro.... una temporada de mentida felicidad; después.... borrascas del alma, que estallan andando los tiempos, y que llevan á Julia, temerosa de que Guillermo ya no la quiere, á arrojarse en lo más profundo de una balsa que había hecho, como ingeniero que era, su mismo amante. Muerta Julia tan desastrosamente, hizo muy bien el Cura en negar sepultura eclesiástica á esta desdichada mujer, y hubo que hacerlo bajo un macilento sauce que había en la huerta de casa. Consumada la catástrofe final, tres días mortales pasa en el palacio del Abencerraje nuestro Guillermo, quien, gracias á los buenos oficios del tío Antonio, sale del Cortijo, no sin antes haber regado con lágrimas del corazón la sepultura de Julia.... Pasados unos cuantos años—que el tiempo cicatriza las más horrendas heridas—cásase Guillermo, y es dichoso, pero dichoso de veras, con la mujer que le deparó el Cielo, la cual es, según escribe Alarcón, tan linda y alegre como temerosa de Dios y honrada.

Ha buscado Alarcón en esta obra lo ideal en el espíritu, ó dígame que ha querido escribir una novela *psicológica*. Lo ha conseguido á medias; pues si acertó á extraer de lo íntimo del ser de Julia y de Guillermo raudales de poesía, no ahondó lo bastante ni sacó del alma de la enamorada ¡pareja todo el jugo que debía haber sacado, ya que tan á sus anchas pudo correr el ingenio de Alarcón por este género comprensivo y libre de la novela. Si conforme está bien escrita *La Pródiga*, estuviese bien ideada y trazada, nada más perfecto que este libro notabilísimo. En el cual hay otros personajes que tienen verdadero interés. El hijo del tío Antonio, José, con quien Guillermo traba conversación el mismo día en que salieron del palacio del Abencerraje para ir á visitar á los electores del pueblo inmediato, es un tipo dibujado á mara-

villa, tan real y humano ahora se le considere contestando á las capciosas preguntas que le dirige Guillermo durante el viaje, ya se le contemple disparando su escopeta desde lo alto de la Sierra, con el intento de vengar en la persona de Guillermo la muerte de Julia. Enrique y Miguel, compañeros de diputación de nuestro héroe, son un par de amigos de esos que salen por ahí al paso á cada momento. La fábula de la novela, sencilla, como forjada por quien tiene harto acreditado su buen gusto literario. En resolución: bien pueden y deben desaprobarse muchas cosas de *La Pródiga*; pero nada más natural que el que haya logrado el ilustre literato Sr. Alarcón cautivar como pocos al público, con el cual vive unido en fecundo, utilísimo y amoroso consorcio.

Es ya muy tarde, y tentado estaba á dar á Vds. las buenas noches; pero vayan dos palabras antes de terminar.

En la dedicatoria de *La Pródiga* apunta el Sr. Alarcón la idea de que quizá sea este libro su testamento literario. El Sr. Alarcón no hará semejante cosa, porque no tiene derecho para retirarse á la vida privada. Anda muy desmedrada y enfermiza la república literaria para que, por puro capricho, deserten de ella escritores de tanto fuste como el insigne autor de *El Escándalo* y de *El Sombrero de tres picos*. Que confirme el tiempo la profecía que hicimos pocos días há en el despacho que tiene el Sr. Alarcón en su jardín de Valdemoro: «De aquí—nos decíamos—saldrá en el próximo otoño algún digno camarada de *El Capitán Veneno*».

MIGUEL GARCÍA ROMERO.



## CRÓNICA POLÍTICA

## DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Ha sucedido con la disidencia pública y solemne de la importante fracción de la mayoría que se ha separado del Gobierno, lo que con las noticias de sensación que en las Bolsas y Mercados influyen poderosamente en las fluctuaciones de los precios.

Los especuladores aprecian la noticia como base de sus cálculos antes de verificarse el suceso á que se refiere; en consecuencia, baja ó sube el valor de la mercancía en que trafican; y cuando los hechos vienen á confirmarla, y el público inocente juzga llegada la ocasión de aprovecharse de ella, se encuentra sorprendido al observar que el suceso produce menos alteración después de realizado que cuando se anunció como próximo é inminente.

Esta semejanza, además de otras muchas, tienen el tráfico y el juego de la Bolsa con el juego de la política.

Porque es lo cierto, que si, al ser llamado al poder el partido liberal-dinástico, es decir, la extrema izquierda de la monarquía restaurada, se hubiese dicho que después de un año de Gobierno ese partido iba á fraccionarse, y perdido el prestigio de su jefe entre sus parciales y allegados podrían estos retirarle el pleito homenaje, y plegando su bandera de súbditos feudales, izar el pabellón de la independencia y constituir por sí solos una segunda izquierda que, en virtud de la ley de los contrastes, hiciera aparecer como conservadora y hasta reaccionaria la situación de que se aparta, el papel fusionista no hubiera encontrado licitadores en el mercado de la pública conveniencia.

No es la presente una de esas disidencias personales que á veces, tras largos años de Gobierno, embarazan temporalmente la marcha política de estos Gobiernos parlamentarios; no se trata de una fracción más ó menos numerosa de la mayoría, que por motivos particulares, ó como si dijéramos caseros, disiente de su jefe en una cuestión concreta, y si bien le produce dificultades en su marcha, no ataca, ni siquiera discute su existencia; no es un político batallador ó un ambicioso vulgar, ó un astuto intrigante el que se ha levantado contra el

Ministerio liberal dinástico que preside el Sr. Sagasta, sino el mismo partido representado por sus jefes más importantes.

Con Balaguer, que representa la tradición progresista histórica; con Navarro Rodrigo, que tiene la representación revolucionaria-setembrista; con el General López Dominguez, que con representar á su deudo el Duque de la Torre, representa el alma, el nervio, el aliento vital de la benevolencia democrática; y con el Sr. Linares, que, como joven, significa también un factor importante..... el factor de las esperanzas para el porvenir, pierde el Sr. Sagasta algo más que una votación: pierde un partido entero.

Y sin embargo de todo esto, sin embargo de haber perdido con la disidencia de estos importantísimos elementos la atmósfera en que se movía actualmente, y que daba vida á todos sus actos, á todos sus trabajos y á todas sus empresa, el Ministerio fusionista continúa viviendo, como si aun duraran aquellos felices días en que la prudencia, la resignación ó la habilidad política aconsejaba á todas las fracciones democráticas ayudar con sus consejos, con sus advertencias, y en muchas ocasiones con su eficaz cooperación la *trascendental* y hoy abortada empresa de fundar dentro de la monarquía un gran partido liberal con todos los elementos liberales y dinásticos que, jurando por jefe al Sr. Sagasta, y aceptando la garantía del General Martínez Campos, tuvieron la república como ideal de sus aspiraciones.

No es esto decir que la vida del Ministerio, después de la disidencia oficial que con ocasión del voto del Sr. Linares Rivas se ha manifestado en la mayoría, sea una vida cómoda y holgada.

No es empresa agradable, ni fácil ocupación la que consiste en reorganizar unas fuerzas políticas que han experimentado quebrantos de tanta importancia. Darlas otros jefes, distintas consignas, nuevos territorios y mercedes nuevas, puede fatigar á la larga á inteligencias y actividades más enérgicas que las que disfrutaban para su uso particular y bien del país las importantes personas que gozan todavía de la efectividad del mando; pero sólo el hecho de que el Ministerio continúe viviendo y contando á su servicio una mayoría numérica, prueba evidentemente la escasa parte que toma el país en los movimientos de la política, el escaso influjo de las ideas democráticas en la opinión pública, y la poca importancia de las reformas en que se ha querido basar, como en una cuestión de principios fundamentales, la división de los elementos que apoyaban al Ministerio fusionista.

En resumen, no es que á los elementos de la nueva izquierda, ni al país liberal, de que se suponen representantes, les haga falta, como pretenden, el inmediato establecimiento del Jurado.

Ni el Jurado es en España una institución conocida ni apreciada, ni el breve ensayo que de ella se ha hecho puede haber creado en el país ese amor que á veces se apodera de los corazones populares, y les hace suspirar por aquellos derechos y garantías que, con razón ó sin ella, juzgan más necesarios, más útiles ó más inherentes á su vida, á su tradición ó á sus costumbres.

Lo que hay es, que la cuestión del Jurado, mas que cuestión constitucional ó política, era una cuestión, por decirlo así, fusionista; lo que hay es, que en la reforma del juicio oral se había hecho fuerte, como en campo seguramente atrincherado, la debilidad de los elementos semiconservadores que representa en el Ministerio el Sr. Alonso Martínez; y contra ese campo, más que contra la reforma, se dirigen los tiros de las fracciones liberales, que juzgan llegado el momento de que la fusión desaparezca ó se anule, como ya se ha anulado de hecho en otras cuestiones, resueltas las más, puestas las otras á discusión, en las que esos elementos semiconservadores han firmado dócilmente cuantos decretos les ha pedido la inquieta y siempre insaciable voluntad de sus aliados los demócratas.

Ahora bien: el problema que las actuales Cortes, los restos mortales de la mayoría que aun guardan respetuosamente el cadáver del Ministerio, la voluntad de la Corona, y la voluntad nacional tienen que resolver en breve plazo, es el siguiente.

El partido liberal ¿puede ó no puede existir sin la fusión?

Problema que, reducido á sus verdaderos términos, ó sea á guarismos personales, se plantea en este otro:

¿Puede el partido liberal ganar en extensión hacia la izquierda lo que pierde en solidez hacia la derecha?

Ó lo que es lo mismo, ¿puede sustituir al General Martínez Campos el General Serrano ó el General López Dominguez?

\*  
\*  
\*

Las impresiones de última hora no son favorables á la formación inmediata de un nuevo partido liberal, que, comparado con el de Sagasta, hiciera aparecer á este como un partido conservador. Antes al contrario, todo induce á creer, vista la actitud del Duque de la Torre, manifestada en sus recientes conferencias con Sagasta, la escasa importancia que ha concedido la oposición después de presentado el voto particular del Sr. Linares Rivas al proyecto de ley del juicio oral y público, la avenencia conseguida entre una y otra fracción de la Cámara

en la espinosa cuestión de la base quinta arancelaria, y otros síntomas y señales no menos elocuentes, que si no una paz duradera, se ha firmado por lo menos una tregua entre el Jefe del Gabinete y los elementos más avanzados de la mayoría.

La corriente política, apartada un momento de su cauce natural, vuelve otra vez á deslizarse mansamente por su antiguo curso..... siempre en dirección á la izquierda, pero marchando siempre bajo la mirada vigilante y paternal del General Martínez Campos y del Sr. Sagasta.

El Ministro de Gracia y Justicia contempla también con interés cariñoso las revueltas y agitadas aguas; pero su mirada, más que confiada y alegre, es profundamente melancólica. Una secreta voz (y no se trata aquí de la voz de su Subsecretario) le dice al oído que las aguas turbulentas han de salvar como fácil escollo sus proyectos legislativos, que la victoria que en su votación ha conseguido es más aparente que efectiva, y que si es verdad que ha sido la primera que su habilidad parlamentaria ha conquistado en su vida gubernamental, probablemente será también la última.

\* \* \*

Tampoco ha sido del gusto de los demócratas la resolución de la crisis. Con sobrada precipitación, á nuestro juicio, creyeron asegurado el triunfo inmediato de sus aspiraciones personales, sin dar importancia á la fuerza, siempre considerable, que en nuestro país y en nuestras costumbres conservan siempre los Gobiernos cuando el *poder moderador* se empeña en concedérsela. Por eso su desengaño ha sido mayor que el que hubieran tenido si no se hubieran juzgado con cierto derecho á proclamar públicamente sus esperanzas.

Ha contribuído también en la ocasión presente al éxito negativo de estas esperanzas democráticas la actitud resueltamente hostil á un cambio de Ministerio, manifestada de mil maneras, ya en público, ya en privado, por el jefe del posibilismo Sr. Castelar, figura importante, aunque aislada en el juego político que hoy está en moda, y el voluntario apartamiento de toda acción eficaz y aun de toda gestión de trascendencia, en que por motivos particulares vive desde hace más de un mes el Sr. Martos.

A pesar de su reconocida habilidad y del activo espíritu que le anima en este género de empresas, no ha conseguido el Sr. Moret vencer estos naturales obstáculos, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, es de creer vuelva á desempeñar en lo que queda de legislatura su honroso papel de institutriz parlamentaria, en la que tantos y tan repetidos aplausos ha sabido grangearse de amigos y enemigos.

\* \* \*

Todo hace creer que se prepara un verano tranquilo y escaso en emociones. Los proyectos legislativos que aun faltan por discutirse no levantarán ni siquiera esas breves pero imponentes tempestades que son propias de la estación en que vivimos..... Pero,

«Volverán las oscuras golondrinas».....

Es decir, volverán á reunirse las Cortes, allá por Octubre ó Noviembre, y entonces, sólo entonces, si Castelar abandona su actitud desdeñosa, si Martos recobra la tranquilidad necesaria para pensar con calma en los negocios públicos, si el Duque de la Torre se decide á declarar su juego, si su sobrino el General del porvenir se arriesga á jugarle, y si al General del presente se le autoriza para dar cartas á estos importantes jugadores, será ocasión de resolver definitivamente la crisis que tan imprevistos y contradictorios sucesos han dejado en suspenso.

Pero nos atrevemos á asegurarlo: lo que no volverá á suceder, ni aun alentado el actual Presidente del Consejo por el éxito con que la suerte le ha favorecido en la ocasión presente, es que intente otra vez desprenderse de los lazos que le unen con la democracia. Cumplirá hasta el fin su misión providencial de gobernar con los demócratas, ó resignará en sus manos el poder ministerial antes que entregárselo á los centralistas.

Aprovechen estos el verano para pensar en su futuro establecimiento, porque no es dudoso que su poder político sólo ha de durar lo que duren las hojas en los árboles; y si bien es cierto que ha sido tardía la primavera, esto no quiere decir que no venga temprano el otoño.

\* \*

Nadie diría, por lo demás, al contemplar atentamente la atareada y bulliciosa vida de la corte, que perentoriamente se acerca un plazo decisivo para la marcha de la política, cual es el que tácitamente se ha fijado para decidir si hemos de caminar hacia la izquierda ó hemos de dar, por el contrario, media vuelta á la derecha.

Los hombres graves y los ligeros, los personajes públicos y los privados, las eminencias de todos los órdenes, las medianías de todos los grados, y el vulgo de todas las clases, aspiramos unánimemente á una nivelación mucho más importante, á lo que parece, que la nivelación del presupuesto.

Nos referimos á la nivelación de las diversiones, entretenimientos y espectáculos públicos.

El mes que acaba de terminar nos los ha ofrecido de todos géneros.

Ha habido carreras de caballos, competencias en el tiro de pichones, inauguración de la exposición de flores, de la exposición de acuarelas, de la exposición de ganados, y de no sabemos cuántas más cosas.

También se ha inaugurado la Asamblea federal, y ha celebrado dos ó tres sesiones el Congreso pedagógico.

Y ¡caso extraño! á todo ha acudido el público madrileño, y de todo está al corriente esa entidad anónima, siempre curiosa y siempre hastiada, que se llama todo el mundo.

Puede discutirse con seriedad acerca de la conveniencia de emplear los considerables medios de acción, ya materiales, ya morales, que suponen estos grandes concursos que se llaman exposiciones, certámenes y congresos, en procurar la exhibición teatral y fastuosa de recursos que no se tienen, de industrias que no existen, de una prosperidad que no se disfruta, y de un bienestar de que, por desgracia, se carece; pero ¡quién duda de que, como espectáculo, tales alardes son divertidos, y que mirados desde afuera con el interés de simples observadores, esta constante agitación en que vivimos es interesante!

Que coincidan con la visible decadencia de la ganadería las anuales exposiciones de ganados; que cuando la agricultura no acierta á levantar á costa de grandes sacrificios, las onerosas cargas que sobre ella pesan, se premie en certámenes públicos la aclimatación de plantas exóticas de salón ó de estufa; que no basten los presupuestos municipales para satisfacer á los maestros de escuela sus exiguas consignaciones, y de todos los confines de España se les cite á Madrid, para hacerlos desfilar por el paraninfo de la Universidad al son de la marcha del *Profeta*, ó hacerles oír en la Institución libre de enseñanza las luminosas explicaciones de los doctores krausistas, aplicadas á la teoría de los diptongos ó á la conjugación de los verbos auxiliares, podrá juzgarse por algunos empresa aventurada ó ridícula; pero, en resumen, si bien se considera, responde exactamente al espíritu que anima y fecunda la vida de las modernas sociedades.

No es lo importante ser feliz, sino parecerlo:

Ni lo parece, ni lo es el Khedive de Egipto, término medio entre un Soberano independiente y un apoderado de casa grande en liquidación.

De nadie, con más justicia que de este funcionario, puede decirse que goza de todos los sinsabores del mando sin disfrutar de ninguna de sus ventajas.

Colocado entre las exigencias del partido europeo, que amenazan su Estado con las bocas de sus cañones, y las aspiraciones nacionales de sus súbditos, recibiendo de Constantinopla ordenes de

cuyo cumplimiento es responsable, sin poder personalmente ejecutarlas; enemistado sucesivamente con el ejército, con los Ministerios que nombra y con los ulemas que representan el elemento tradicional de aquel singular Estado, el pobre Khedive se ha visto próximo á quedar destituido por su propio Ministerio, al que á duras penas, y gracias á la actitud de la potencias coaligadas, ha logrado sustituir con otro.

El Ministerio, digámoslo así, dimisionario que presidía el inquieto y atrevido Árabi-Bey, y que contaba con numerosos partidarios en el ejército, ha tratado de oponerse enérgicamente, y por la fuerza, á la formación de nuevo Ministerio.

Al efecto, varios oficiales del ejército egipcio, según los últimos despachos, trataron seriamente en una junta de resolver la crisis de un modo ejecutivo y sumario con la destitución del Khedive, pero tuvieron que abandonar la idea ante la oposición que encontró entre los notables y los ulemas, que parece se opusieron enérgicamente á esta medida salvadora.

Pero las clases conservadoras, en que sin duda se reclutan estos importantes personajes, deben ser en Egipto, como en España, garantía poco sólida de las instituciones, cuando el ejército se halla dispuesto á derribarlas.

Mucho dudamos que el débil y enfermizo poder del Soberano del Egipto se consolide con la formación del nuevo Ministerio, del que parece se ha encargado Cherif-Bey, y mucho más si se confirma la noticia de que el mismo Arabi-Bey ha entrado en el Ministerio, encargándose de la cartera de Guerra, que es, como si dijéramos, la cartera de los pronunciamientos.

Tal se van poniendo las cosas, que el *statu quo* va haciéndose imposible en Egipto.

\* \*

No dejan de ser satisfactorias para los católicos las noticias que se han recibido de Bélgica, y que confirman las recibidas por el telégrafo, sobre el resultado de las elecciones provinciales verificadas en aquel país.

Los católicos han conservado todos los puestos que tenían en los Consejos provinciales, á pesar de los trabajos del Gobierno y de la creación de nuevos distritos en comarcas conocidamente anticatólicas, ó en otras en que la influencia oficial podía fácilmente ejercerse con los que esperaba compensar la inferioridad numérica de los liberales en el resto de las provincias.

Por fortuna no lo ha conseguido, y hoy, como antes, los católicos tienen mayoría en seis Consejos provinciales, y los liberales sólo en tres.

Ha sido entre todos el más notable el triunfo alcanzado en la provincia de Namur, distrito de Philippeville, por el candidato católico Príncipe de Caramán-Chimay contra el liberal Mr. Gonttier. La circunstancia de haber representado este á su distrito desde hacía cuarenta años, y la de haberse puesto en juego contra el candidato católico todos los recursos de que, tanto en Bélgica como en España, disponen los Gobiernos contra las oposiciones, ha prestado á la elección del Príncipe de Caramán-Chimay, que sólo ha triunfado por cincuenta votos, singular interés.

Estas elecciones son precursoras de las que han de celebrarse el día 13 de Junio, y para las cuales, tanto los católicos como los amigos del Gobierno, están ya preparando sus fuerzas.

La impresión general que en Bélgica ha producido esta primera escaramuza no es favorable al Gabinete.

Los católicos belgas saben luchar, están disciplinados para las contiendas políticas, son numerosos y están unidos; con tales condiciones y la razón que les asiste, no es difícil profetizar su triunfo en un plazo más ó menos breve.

El magnífico discurso pronunciado recientemente en la Cámara francesa por el elocuente diputado legitimista Conde de Mun, ha producido honda sensación, aun entre los mismos republicanos y sus discípulos los sectarios y demagogos de todos los matices.

Una causa justa, como es la de la libertad cristiana de la enseñanza, defendida con viril elocuencia, rara vez deja de obtener, si no el obsequio natural de un corazón preocupado, al menos la involuntaria aquiescencia de una razón medianamente ilustrada.

Sin embargo, el ilustre amigo de Monseñor Freppel, que ha logrado hacerse oír de su auditorio, llevando al ánimo de amigos y adversarios la noble convicción de que está poseído, sabe perfectamente que nada tiene que esperar hoy por hoy del odio, cada vez más pronunciado, de la Asamblea francesa contra los augustos principios que representa, y son base y fundamento del orden moral, y por consiguiente, del orden social y político.

Á pesar de esto, imitando el ejemplo del ilustre Prelado de Angers; no abandona el terreno firmísimo en que está colocado. Tiene una fuerza, y la esgrime. Debe á Dios un gran talento, y ese don cuasi divino de la palabra, y lo consagra á su servicio.

En el Parlamento, con sus discursos; fuera del Parlamento, en la organización, en la dirección de los círculos de obreros, el noble adalid lucha sin cesar, aprovechándose de todas las armas que son útiles para la lucha, librando esta en todos los terrenos en que pueden conseguirse algunas ventajas, por insignificantes que parezcan.



Tal es la misión del político y del hombre honrado, luchar contra el común enemigo, no debilitar las fuerzas que le combaten, no apoyarse en el mal para servir la causa del bien, servir al bien donde quiera y como quiera que se presente, luchar siempre y á toda hora y en cualquier terreno, y abandonar á Dios, como Sumo dispensador de todos los bienes, los árduos problemas que por un acto espontáneo de Su Voluntad pueden resolverse en un momento, ó aplazarse por largos años, y aun por siglos, en su resolución definitiva.

El Conde de Mun es, como saben nuestros lectores, ardiente y convencido legitimista; y, sin embargo, para dar más vigor á su razonamiento contra la inicua ley de enseñanza, no se ha encerrado en vanas declamaciones, no ha limitado su acción á formular estériles protestas, sino que escogiendo como terreno sólido el terreno legal, ha pedido concretamente el restablecimiento de una ley conocida y ensayada: la ley de enseñanza de 1850, hecha y votada, no sólo por católicos, sino también por algunos liberales, y que representa en Francia una lucha de veinte años contra la tiranía del Estado en materias de educación y de enseñanza.

\* \* \*

En dos recientes documentos, emanados de su inagotable prudencia y sabiduría, recomienda nuestro amado Pontífice la unión de los católicos, bajo la bandera augusta de la Iglesia y la dirección del Episcopado.

Es el primero la carta-contestación al mensaje elevado á Su Santípor los muy reverendos Obispos de Turín y de Vercelli, y todos los miembros del Congreso Católico de aquella región, y el segundo, el discurso dirigido á las sociedades obreras de Génova y Turín que acudieron en peregrinación á Roma.

Lo mismo á los ilustres Sacerdotes, á los sabios publicistas y á los periodistas y escritores que á los humildes artesanos, encarece León XIII la necesidad de la unión, de la organización, de la disciplina.

El sabio Pontífice, cuya actividad incansable, cuyo celo siempre vigoroso y siempre en acción, sabe descubrir las necesidades, los vicios, y también las virtudes de la época presente, quiere llevar el influjo efectivo de la ley cristiana á todas las esferas y á todos los órdenes de la vida moderna, restaurando en lo posible las instituciones que la sociedad y la civilización verdadera le es deudora á nuestra santa Religión.

Por eso busca en todas partes soldados y operarios; por eso, á la par que define, funda y organiza; por eso restaura y recomienda la disciplina, y enaltece la fuerza social y permanente del Episcopado.

Las Cofradías, las Hermandades, las Asociaciones cristianas de maestros y aprendices; las Obras piadosas para la recaudación de limosnas, reparación de templos y otras necesidades permanentes de la Iglesia; las fiestas religiosas, las procesiones, las Romerías, son en sus manos otros tantos medios de lograr la apetecida unión, la anhelada concordia entre la vida religiosa y la vida social.

A los católicos toca comprender y auxiliar sus generosos y bien meditados designios.

España se prepara, obediente á su voz, á inaugurar la serie de peregrinaciones regionales á la Ciudad eterna, con la que se organiza, como ya saben nuestros lectores, en esta autigua y católica diócesis de Toledo.

Nuestro venerable Prelado se ha dignado fijar el día de Nuestra Señora de las Mercedes, ó sea el 24 de Setiembre para que salga de Madrid esta peregrinación, disponiendo además en la hermosa Carta-Pastoral, leída el pasado domingo en todas las parroquias de la diócesis, que se organicen Juntas en todos los arciprestazgos, poniéndose estas en comunicación y relaciones constantes con la Central de la corte.

No es de temer que los deseos de nuestro Prelado se vean defraudados, y muy al contrario, fundadamente creemos que, gracias á los esfuerzos de todos, esta peregrinación será en todos conceptos digna de la piedad de los católicos toledanos, y del sagrado objeto á que se consagra.

Mayo, 30, 1882.

SANTIAGO DE LINIERS.

## MISCELÁNEA.

---

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo ha publicado una Pastoral, que por falta de espacio no reproducimos, en la cual exhorta vivamente á los fieles y les alienta y anima para que formen parte de la peregrinación que saldrá en su día de este Arzobispado, con el santo fin de ir á postrarse á los pies del Pontífice León XIII, nuestro Santísimo Padre.

La REVISTA DE MADRID no necesita repetir cuán cordialmente desea que la peregrinación toletana sea elocuente testimonio de la piedad española.

---

Invitado nuestro querido amigo el Sr. D. Antonio María Godró para pronunciar un discurso en Sevilla, con ocasión del Centenario de Murillo, ha conseguido un triunfo señaladísimo, que bastaría á conquistarle lugar preeminente entre los jóvenes que consagran su talento á defender los principios católicos, si de antiguo no fuera el ex-Presidente de la *Juventud Católica*, uno de los más brillantes y distinguidos con que se honran la Religión y la patria. En el próximo número insertaremos el magnífico discurso que ha pronunciado en Sevilla el Sr. Godró.

---

*Líneas y manchas* lleva por título el libro que acaba de dar á la estampa el Sr. D. Santiago de Liniers. Aunque un crítico autorizado ha de emitir su juicio en esta REVISTA acerca del dicho libro, y aunque pudieran parecer interesadas nuestras alabanzas, dado que profesamos á su autor verdadero afecto, no resistimos á la tentación de decir que en su última producción literaria, muéstrase el Sr. Liniers á la altura de su bien ganada reputación. Ya conocíamos varios artículos de los que hoy salen á luz juntamente con otros nuevos, formando primoroso volumen: á pesar de lo cual, los hemos leído y releído, y casi nos parecen ahora más amenos, entretenidos y profundos, que cuando los devorábamos por vez primera, desparramados en periódicos y revistas. Espíritu observador, ingenio, talento y discreción: he aquí las dotes principales del Sr. Liniers; y por esto sin duda, el interés que despiertan sus obras, tomadas las cuales, no hay soltarlas de la mano. Nuestro distinguido compañero es, por dicha suya, felicísimo imitador de Selgas, el maestro soberano de las gracias y de los chistes, á quien nunca podremos olvidar. En el manejo del diálogo especialmente llega el Sr. Liniers á tal altura, que no sabemos de ningún escritor contemporáneo que le venza. Ni una palabra más sobre el libro titulado *Líneas y manchas*, porque estamos seguros de que el lector vá á comprarle en seguida.

# FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

---

JUAN BAUTISTA VICO.

---

(Continuación.)

## ARTÍCULO VI.

En uno de los artículos anteriores manifesté que, según Vico, la explosión del trueno reveló la divinidad á los gigantes que vagaban por la tierra en los siglos que siguieron inmediatamente al diluvio; y que esa divinidad recibió el nombre de Júpiter.

Entonces sucedió naturalmente, que los gigantes, para buscar amparo contra la tormenta, abandonaron su género de vida, refugiándose en las cavernas. Necesitados de mujeres, debieron obligarlas á que se fijasen también en los parajes por ellos elegidos, naciendo así, de causas tan naturales, la familia. Con la idea de la divinidad debió nacer el culto y el sacerdocio: los primeros padres de familia fueron los primeros Sacerdotes; y como la Religión era entonces la única ciencia del hombre, los primeros padres de familia que consagraban un culto á la divinidad, fueron también los primeros sabios. Superiores en ciencia y en poder á los demás individuos de la familia, ejercieron la autoridad soberana. De este modo, los primeros padres fueron los primeros Sacerdotes, los primeros sabios y los primeros Reyes: su nombre fué el de *Patriarcas*, que significa *Padres* y *Príncipes*. En aque-

llos tiempos de ferocidad y de barbarie, su yugo debió ser muy pesado. El politeísmo de Homero es á los ojos de Platón y á los de Vico la personificación ideal de los primeros padres de familia.

De esta manera, la idea de la divinidad, ó, lo que es lo mismo, la Religión, fijó al hombre vagamundo, y fué poderosa para agrupar á las primeras familias al rededor de los primeros hogares. Así la Providencia hizo nacer del caos las sociedades humanas.

Una Religión tan llena de terrores como la Religión primitiva, debió obligar á los primeros gigantes á consagrar con la invocación de Júpiter todos los actos de su existencia; y la unión carnal del hombre y de la mujer, debió ser una augusta ceremonia. Por esta razón el matrimonio estuvo consagrado en la antigüedad por tres solemnidades, cuyo origen no es histórico, porque se pierde en la noche de los tiempos.

La primera es la de los auspicios de Júpiter, que se sacaban de la observación del rayo. Á causa de esta divinación, *sortes*, los latinos definieron el matrimonio, *omnis vitæ consortium*, y llamaron al marido y á la mujer *consortes*.

La segunda solemnidad consiste en el velo con que se cubre la desposada en conmemoración del sentimiento de pudor que dió origen á la institución del matrimonio.

La tercera, conservada siempre entre los romanos, consiste en arrebatar á la esposa con una fingida violencia, para recordar con esto la violencia verdadera con que los gigantes arrastraron á las mujeres á sus antros. Juno fué el símbolo de estos matrimonios solemnes.

Esta edad se llamó *divina*, porque los primeros padres, como Sacerdotes que eran, y Sacerdotes subyugados por la más implacable superstición, no gobernaban sino en calidad de intérpretes de los dioses. Alteradas después las tradiciones de los pueblos,

esa edad se llamó *edad de oro* por los que suponían que los dioses habían tomado realmente á su cargo el gobierno de la tierra.

En esta época bárbara, y entre estos hombres crueles y supersticiosos tuvieron su origen los sacrificios humanos, que han dado motivo á las declamaciones filosóficas de los tiempos modernos, como si una Religión de sangre no hubiera sido necesaria para disponer á los hombres al blando yugo de las leyes. Bajo la influencia de esa Religión se formaron lentamente y florecieron después las sociedades más civilizadas del mundo. Del ateísmo no se sabe hasta ahora que haya fundado nada.

Constituída bajo los auspicios religiosos la familia, organizada jerárquicamente y asentada en sus hogares, la educación de los hijos, así la moral como la física, debió sufrir una transformación absoluta, y con ella debieron ir perdiendo poco á poco la talla de gigantes, y adquiriendo la estatura de los hombres.

Del seno de la familia debió nacer la idea de la propiedad y la de su trasmisión de los padres á los hijos. El patrimonio dejado por los primeros á los segundos debió consistir en aquellas tierras circunvecinas á las alturas en cuyas cavernas habían buscado un refugio contra las iras de la tempestad y los ímpetus de los que, más feroces ó menos religiosos, habían continuado vagando á la intemperie, sin someterse á Dios y sin reconocer su ley. Estas tierras, como divididas entre pocos al principio, debieron ser muy vastas; y cuando nuevos gigantes se refugiaron á ellas, sus primitivos señores ni les concedieron su dominio absoluto, ni les permitieron que se fiasen en las mayores alturas, que ellos guardaron para su propio abrigo y defensa. Aquí va á comenzar una nueva época para el género humano, y será bueno que consideremos detenidamente las circunstancias en que aparece en el mundo.

Los primeros hombres que constituyeron la familia, abrigándose y fijándose en las inaccesibles alturas, adquirieron, por

medio de la *asociación* doméstica, fuerza bastante para defenderse contra los individuos que siguieron vagando por los bosques. Entre estos, los más débiles debieron buscar amparo contra los más fuertes en aquellas asociaciones poderosas que, holgándose de alcanzar con la agregación de otros hombres mayor seguridad y consistencia, les dispensaron su protección concediéndoles asilo. Entonces sucedió que los protectores se obligaron á *proteger*, y los refugiados á *servir*. Los protectores permanecieron en sus alturas, y los protegidos se derramaron por las tierras más bajas. Los primeros, más fuertes á causa de su asociación, y más sabios, por su constante comercio con los dioses, fueron considerados como de naturaleza superior; y los segundos como de naturaleza indigna. Esto explica por qué los latinos decían *summo loco nati* para significar á los nobles, y *sino obscuro loco nati* para significar á los plebeyos.

Por donde se ve que las familias primitivas, que al principio se compusieron del padre, de la mujer y de los hijos, poco después llegaron á componerse del padre, de la mujer, de los hijos y de los *esclavos*.

Cuando está revolución—que este es su nombre, como más adelante veremos—se hubo verificado, tuvo fin la edad divina, y comenzó la edad *heróica*, á cuyo examen daré principio en el artículo próximo.

De lo expuesto en éste se deduce que la familia no fué posible entre los hombres, sino cuando la cara de Dios resplandeció entre las tempestades á sus ojos. Que si la Religión primitiva, bárbara y supersticiosa, regó de sangre la tierra con los sacrificios humanos, esa superstición y esa barbarie fué de todo punto necesaria para que se sometiera el hombre, andando el tiempo, al yugo de las leyes. Que luego que hubo Religión en el mundo fué santificado el matrimonio, reemplazando la *Venus humana*, como la llama Vico, á la *Venus brutal*. Que entonces el apetito co-

menzó á velarse con el pudor, que después de la Religión es el principal vínculo de las sociedades humanas; y en fin, que la ley benéfica del asilo es una ley primitiva concedida por los poderosos, que más adelante se habían de llamar *nobles*; á los débiles, que más adelante se habían de llamar *esclavos*.

(*Se continuará.*)

JUAN DONOSO CORTÉS.



## DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON ANTONIO MARÍA GODRÓ EN LA SESIÓN LITERARIA  
CELEBRADA EN SEVILLA POR LA ASOCIACIÓN DE JÓVENES DE LA  
INMACULADA PARA CONMEMORAR EL SEGUNDO CENTENARIO DE BARTO-  
LOMÉ ESTEBAN MURILLO.

Eminentísimo Señor:  
Señoras y Señores:

«No sé  
» Servicio aquí que decir,  
» Por donde pueda pedir,  
» Ni por donde se me dé» (1).

Con estos versos que el inmortal autor de *La Estrella de Sevilla* puso en boca de su D. Busto Tabera, debería yo responder al que me pidiese los títulos para hablar en este sitio. Mas como en la *imprudencia temeraria* de que hoy me confieso culpable hubo instigadores y promovedores cuya única falta ha consistido en

Quererme  
Y sin conocerme honrarme»; (2)

y como, por otra parte, estoy muy lejos de abrigar respecto de ellos las honradas sospechas que en la víctima designada á Sancho Ortiz de las Roelas despertaron los inmerecidos favores en la tragedia de Lope; cállome versos y prosa, y hago punto en este de las disculpas vergonzantes que, refiriéndose á mí, tiene un bien pobre sujeto.

(1) *La Estrella de Sevilla*.—Jornada I. Escena V.

(2) *Ibid.*

Ello es que me encuentro ante vosotros, para ser en esta solemidad lo que la sombra en el cuadro; lo que la cerca de espinos y cambroneras en torno al jardín florido. ¡Ah! Vosotros los iniciadores de esta fiesta solemnisima; los que, en alas de un amor sin límites á la Virgen Inmaculada, habéis querido despertar los acentos del hijo de San Fernando, para que los ecos de la antigua Romúlea vuelvan á repetir sus cántigas dulcísimas, cantando á la *rosa das rosas e fror das frores* (1); vosotros, á quienes la Virgen sin mancilla, con más razón que el autor de los *Libros del saber*, pudo dar por empresa la emblemática madeja y el símbolo *Nodo*, en premio de vuestra fè siempre viva y vuestro amor siempre inextinguible; vosotros, los que, para celebrar una gloria artística, habéis tenido la felicísima idea de traer el estandarte de la Religión, pero sin inclinarle por bajo de ninguna puerta, pasándole siempre enhiesto sobre todas las murallas del camino, como pasó D. Rodrigo de Saavedra el glorioso pendón de vuestra ciudad sobre la puerta de Carmona; vosotros, los que, al convocarnos en este recinto, habéis con razón altísima querido que, al entrar, nos despojásemos de nuestro grosero calzado, quiero decir, de nuestras bajas inclinaciones, para que viniésemos libres de todo lazo terreno, desasidos de todo interés mundano, cubierto todo el cuerpo con las alas, como los ángeles de la escultura bizantina; vosotros, los que, con solicitud amorosa, guardáis el secreto de las perspectivas aéreas del *pintor de la tierra* y las perspectivas divinales del *pintor del cielo*; vosotros, los que, al entregar á vuestros poetas la lira castellana para que canten en ella la criatura incomparable y celeste que en aquellas perspectivas se dibuja, les habéis dicho con más razón que el *Sófocles* de Giacometti, *suona l'anima canta*; cantad; pero con el ardor de vuestra fe más pura, con el calor de vuestra esperanza más querida, con el arrebató de vuestro amor más abrasado; cantad con la voz de vuestra alma cristiana; *suona l'anima canta*; vosotros, los que habéis aquí traído la mejor de las coronas, como que está tejida por las manos del Vicario de Dios en la tierra, con los méritos de Cristo, con la *omnipotencia suplicante* de su

---

(1) Cántiga X.

Madre Santísima, con los tesoros de la Gracia divina, con las joyas de la infinita misericordia, enlazado todo con las azules cintas del color de la Inmaculada (1); vosotros, en fin, los que no queriendo, ni pudiendo ponerla á los pies del hombre, é interpretando á maravilla los deseos de vuestro inmortal—de nuestro inmortal—Murillo, regocijáis hoy hasta el polvo de su ignorada sepultura, colocando aquella corona sobre las sienes benditas de su benditísimo modelo; vosotros, recordando la inspiración divina que dictó el psalmo *pro torcularibus*, habéis querido perfeccionar, completar la alabanza, por boca de los pequeñuelos (2); y, como entre vosotros no los hay, me habéis llamado á mí; á mí que, como ellos, tengo indecisa la idea, voluble el pensamiento, pueril la fantasía, el juicio tardo y la palabra torpe; pero el amor, como de niño, ingenuo; pero la fe, como de hijo, firme; sólo no tengo, como los pequeños, la conciencia inmaculada; sólo no tengo, como ellos, perfumadas las sienes por las rosas del Paraíso; no sueño, como ellos sueñan, sueños de los querubines; no hablo, como ellos hablan, lenguaje de la inocencia.—¡Ay de mí, que no conozco el idioma de los ángeles del cielo!—Vais, pues, á veros asediados por mis palabras, como por una riada; yo espero en Dios que, sobre ella, veréis incesantemente flotar, sin apagarse un instante, mi amor á la Virgen sin mancha, como en la inundación de la Cestería (3) flotó vuestra imagen del *Populo* y la pobre candela que la alumbraba.

Señores, vosotros habéis querido hacer sonar aquí, en primer lugar, la voz de la Religión, después la voz de la ciencia y la voz del arte. El Catolicismo, la ciencia, el arte: he aquí, si vale decirlo, los tres puntos que determinan la situación del plano en que habéis querido colocaros; especie de triángulo que, en el vértice superior, en la parte más alta, tiene á la Religión, corona de nuestro espíritu, y en los dos ángulos inferiores las dos más grandes manifestaciones de esa misma alma; la facultad especulativa,

---

(1) Alude á las gracias espirituales concedidas por Su Santidad el Papa León XIII á los asistentes al Centenario; y á la concesión de celebrar el primer día la Misa votiva *De Conceptione*, en la Archidiócesis sevillana.

(2) *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem*.—Vers. 8 del Ps. VIII.

(3) En 1630.

inventora de verdades en el sentido propio de la palabra, y la fantasía, creadora de bellezas en el recto sentido de la frase; habitadora la una del palacio de la ciencia, moradora la otra del alcázar del arte; unidas las dos por la línea recta de una buena voluntad, y ascendiendo ambas por las líneas, rectas también, de la humildad y el propio conocimiento, para concurrir en aquel vértice soberano, en el punto religioso, donde, escapando á todas las geometrías, reside aquella verdad increada, aquella hermosura indeficiente, aquella voluntad soberana, sin cuya luz no hay rectitud en ningún camino, y sin cuyo amor son verdaderas angulosidades todos los puntos del espíritu.

Si no fuese tan ocasionado á peligros el llevar á las regiones metafísicas los procedimientos matemáticos, yo os invitaría á convencersos por vosotros mismos, de cómo la figura de que os hablo no es más retórica que geométrica. Vierais entonces cómo el plano que yo figuro tiene una determinación exacta; vierais cómo los tres ángulos del triángulo equivalen á dos rectos. No lo extrañaréis, señores, si os digo que de esos ángulos, el uno se llama la fe; el otro se llama la razón. Rectos los he llamado, y lo son, señores: lo son, cuando los extravíos del entendimiento ó la perversión de la voluntad, no descomponen la figura; lo son, cuando la incredulidad no achica al uno convirtiéndole en agudo, ni la vanidad disloca al otro trasformándole en obtuso; lo son, como adyacentes, porque Dios no ha querido, ni podido querer, que fuesen opuestos; lo son, como formados entre dos líneas: la una horizontal, que sigue la dirección del horizonte visible, límite de las ciencias experimentales, y aun la del horizonte racional á donde llegan las especulativas; y la otra línea, vertical, que viene de arriba, que cae de lo alto, que trae en su proyección misteriosa, con el inagotable tesoro de las divinas misericordias, la luz de la verdad que no necesita demostraciones, el pan ácimo para el espíritu, la consagración que convierte en divinos los humanos sabores, el manjar con que comulgan las inteligencias fuertes, el viático de las almas enfermas, la eucaristía de los entendimientos en que la fe reside, el sobrenatural alimento de la divina revelación. Perdón, Dios mío, diré como Bossuet: «¡Es un hombre el que habla de vuestros misterios, con palabras terrenales! ¿Con quién podré yo compararos, mejor que con vos mismo?»

La revelación: ved ahí el gran río de vida que ha corrido y correrá, sin cesar, por todas las riberas de la Historia. La palabra de Dios se alzó sobre el caos; resonó en el Paraíso; conversó con los Patriarcas; se dejó oír sobre el llanto de todas las nubes del cielo, caído sobre todas las prevaricaciones de la tierra; se extendió en el desierto; relampagueó en el Sinái; y cantó, con canto imponderable, en la lira de los Profetas, bandada de aves misteriosas que en los mustios collados y en las dolientes ruinas habían gemido melancólicamente durante la noche, cuyas largas horas Daniel contara, y que posadas levemente en los cedros del Líbano, en las palmeras de Cades, en los cipreses de Sión, en los viñedos de Engaddí y en los rosales de Jericó, habían saludado con alegres gorgoros, batiendo sus alas, los primeros albores del sol de la verdad, que teñía de rosa el horizonte de su fe y vestía de luz y de hermosura el cielo de su esperanza. Después, esa palabra descendida del cielo, buscando su natural nivel en el Calvario, se convierte en palabra redentora; y encarnándose en el lenguaje de los pecadores; naciendo bajo el frío del odio en el arruinado portal de la verdad, cuando la noche de la ignorancia velaba la tierra con inmenso pabellón de sombras, proclama la gloria de Dios y da paz á los hombres; se pierde en los caminos de Jerusalén para enseñar á los Doctores balbuciendo palabras de niño, y en las calles y en las plazas para enseñar á las muchedumbres palabras de eterna vida; se baña en el Jordán, como si no fuese inmaculada; se viste de colores en las parábolas, como si no fuese clara; y de rayos en el Thabor, como si no fuese gloriosa; cura á los paralíticos en el crimen y á los ciegos de los caminos; resucita á los muertos en la ignorancia; tiene su martirio en aquellas siete palabras de agonía, en las siete notas de aquella música divina que extremece á la tierra y desarma á los cielos; muere cuando todos los ruidos se desbordan, cuando proclaman su divinidad los que pidieron su martirio; baja al seno de Abraham á despertar el psalterio de los Profetas, el arpa de los creyentes, la cítara de las vírgenes; y, rompiendo por fin el sepulcro del silencio, vistiendo túnica de gloria, resucita para subir al cielo de donde bajara, y caer después en lenguas de fuego sobre los pobres pescadores, cuyas ropas chorrean todavía el agua de los mares de Galilea.

La influencia de esta revelación divina era universal en todas las esferas. Todas las cosas fueron hechas por el Verbo, y por el Verbo fueron regeneradas: la redención del hombre se había consumado; y, juntamente con el hombre, todo lo que á esta criatura pertenece, todo había sido redimido. La ciencia, el derecho, el arte, todos tienen un Jordán y un Thabor: nada hay de grande, de noble, de bueno sobre la tierra, que no lleve escrito en su seno el nombre incomunicable; no hay camino que á la verdad, al bien ó á la belleza conduzca, en que no se descubra la huella redentora: y, al cruzar esos senderos, al recorrer esas comarcas regeneradas por el tránsito de lo divino, el alma creyente besa las huellas celestiales, se complace en oír el nombre del Amado, repetido por tantos ecos distintos; y, embelesada al escuchar siempre la misma respuesta, pregunta por todas partes:

«¡Oh bosques y espesuras,  
 »Plantadas por la mano del Amado!  
 »¡Oh prado de verduras,  
 »De flores esmaltado,  
 »Decid si por vosotros ha pasado!» (1)

Y todo cuanto en el orbe existe, todo cuanto vive y ama sobre la tierra, parece tomar voz para responder con el extático San Juan de la Cruz:

«Mil gracias derramando,  
 »Pasó por estos sotos con presura,  
 »Y, yéndolos mirando,  
 »Con sólo su figura  
 »Vestidos los dejó de su hermosura» (2).

¿Queréis ahora, señores, asistir á uno de esos encubramientos realizados por virtud de la revelación divina? Pues estudiadle en el arte de las maravillas; estudiadle en el arte más silencioso; estudiadle en la pintura; y ella, en su callada elocuencia, os dirá más que cien discursos.

---

(1) San Juan de la Cruz.—*Canciones entre el Alma y el Esposo*.

(2) *Ibid.*

Las escuelas griegas representan, en la antigüedad el apogeo de la pintura. Pausanias en su *Viaje á Grecia*, Plinio en su *Historia Natural*, y Plutarco en sus libros, nos han transmitido la descripción de aquellas obras maestras: en el pórtico Pecilo, los fastos de la patria trazados por Paneno, Micón y Polignoto; los dioses, héroes y batallas pintados por Eufanor; *Ulises entre las sombras*, dedicado por Nicias á los atenienses; *El Amor*, *La Elena* y *La Penélope*, de Zeuxis; y *La Venus Anadiomena*, de Apelles, oculta bajo las facciones de Campaspe. ¡Ah! señores; vosotros los que, como el vizconde de Chateaubriand, habéis visto en los regios alcázares al *Rey de Reyes crucificado*, *El Juicio final* en el techo de las salas de Justicia, *La Resurrección* en los hospitales, y *El Nacimiento del Salvador* en las casas de los huérfanos y abandonados, ¿qué pensáis de la inspiración, alma del arte, en las grandes obras de la magna Grecia? Yo de mí sé deciros, que no veo en ella otra cosa que el ingenio de Prometeo arreglando sus dos toros: carne y huesos, aunque la piel esté dispuesta con tal artificio, que engañe al mismo Júpiter Tonante. Lenguaje para hablar á los sentidos, dictado muchas veces por el capricho de los déspotas, pagado con las ganancias de Lamia y rendido á los pies de Estronice, *immagini di ben seguendo false, che nulla promission rendono intera (1)*; aquel arte pictórico, paréceme el ceñidor de Venus, en cuyo anverso las Gracias habían bordado el amor y la esperanza; pero en cuyo reverso habían las Euménides tejido los celos, la perfidia, la traición y la hipocresía. Vanamente presumen algunos de aquellos artistas hablar al alma: Timantes quiere despertar la emoción trágica en *El sacrificio de Ifigenia*: acierta á expresar la resignación estoica en la hija de Agamenón, la ira terrible en las contraídas facciones de la inces-tuosa Cliptemnestra, la impasible crueldad en Calcas; pero llega á representar el dolor y la angustia en el infeliz Rey de Argos, y pinta un velo sobre el rostro del desdichado Átrida «para no pasar en él los límites del arte», dice un historiador moderno (2); para confesar, digo yo, la impotencia del paganismo al pretender despertar en las almas la verdadera emoción estética. No se me

(1) Dante,—Del purgatorio,—Canto XXX.

(2) César Cantú.

oculta que aun hay quien exclama con Schiller: «¿Á dónde te has ido, oh mundo lleno de encantos? ¡Vuelve, vuelve!» (1); no se me oculta que entre nosotros encuentra aun apologistas aquel arte del sensualismo: son los jueces de Friné: la vieron desnuda y..... la absolvieron.

Dice Vasari que el arte moderno nació el día en que se dió á las cabezas *una expresión de virtud*. Y con efecto, señores, el Cristianismo había encerrado al arte en las Catacumbas para que su veste sagrada no se manchase con la sangre cristiana que á torrentes inundaba la tierra: ante el furor iconoclasta que después destruyó á sablazos los mosaicos de *Nuestra Señora* de Constantinopla y del palacio de los *Blanquernas*, había prestado á la pintura sus mártires como aquel monje Lázaro que, con los dedos mutilados y las manos abrasadas por orden de Teófilo, pintó la figura del Precursor, oculto en el subterráneo de San Juan Bautista; y, cuando todos los peligros han huído; cuando *el Ángel de las escuelas* ha señalado las leyes de la estética cristiana; cuando en el umbral del Paraíso *dentro una nuvola di fiori* la hermosísima Beatrice, *vestita di color di flamma viva*, ha sorprendido con su belleza al poeta florentino; cuando en las montañas de Umbría los abrasados acentos del *Serafin de Asís* han vencido al coro de los rui señores, desbordando sobre la tierra el río del amor y la esperanza; cuando las nubes han tropezado en las caladas agujas, ese mismo Cristianismo llama al arte pictórico, sácale de la *noche oscura*; encámínale por la *subida del monte Carmelo*; abrásale en la *llama de amor viva*; con el *cauterio suave* y el *toque delicado que á vida eterna sabe*; airéale con el *ventalle de cedros*; y, abriendo las ojivas de sus templos para matizar el sol en los rosetones y sembrar de rubíes y esmeraldas los mármoles del pavimento, al calor de las sagradas antorchas, entre el humo del incienso, ante los tabernáculos del que es *luz del mundo*, pone alas á la pintura y la pasea por las bóvedas eternas.

¡Y con qué amor, con qué reconocimiento se postra la pintura en el santuario! Es la penitente y hermosa Magdalena que viene á los pies de Jesucristo, trayendo su pomo de nardo, suelta la

---

(1) Schiller.—*Los Dioses de la Grecia*.



undosa cabellera, vertiendo lágrimas y derramando amores; es la esposa del *cántico espiritual* que exclama entre los brazos del Amado:

«¡Ay, quién podrá sanarme!  
 »Acaba de entregarte ya de vero,  
 »No quieras enviarme  
 »De hoy más ya mensajero,  
 »Que no saben decirme lo que quiero.  
 »Y todos cuantos vagan,  
 »De ti me van mil gracias refiriendo,  
 »Y todos más me llagan,  
 »Y déjame muriendo,  
 »Un no sé qué que quedan balbuciendo».

.....  
 «¿Por qué, pues has llegado  
 »Á aqueste corazón, no le sanaste?  
 »Y pues me le has robado,  
 »¿Por qué así le dejaste,  
 »Y no tomas el robo que robaste?  
 »Apaga mis enojos,  
 »Pues que ninguno basta á deshacellos,  
 »Y véante mis ojos,  
 »Pues eres lumbre dellos,  
 »Y sólo para ti quiero tenellos.  
 »Descubre tu presencia,  
 »Y máteme tu vista y hermosura,  
 »Mira que la dolencia  
 »De amor *ya* (?) no se cura  
 »Sino con la presencia y la figura».

.....  
 «Entrádose ha la esposa  
 »En el ameno huerto deseado,  
 »Y á su sabor reposa,  
 »El cuello reclinado  
 »Sobre los dulces brazos del Amado».

.....  
 «Mi alma se ha empleado,  
 »Y todo mi caudal, en su servicio;

- » Ya no guardo ganado,  
 » Ni ya tengo otro oficio,  
 » Que ya sólo en amar es mi ejercicio.  
 » Pues ya, si en el egido  
 » De hoy más no fuere vista ni hallada,  
 » Diréis que me he perdido,  
 » Que andando enamorada.  
 » Me hize perdidiza y fui ganada (1).»

Así habla la pintura con Cimabue, Orcagna, Giotto, Masaccio y Gentile; y hablando ese lenguaje, después de haber llegado al éxtasis con Fra-Angélico, trazando á *lo divino* aquellas imágenes cuyos autores, como decía Miguel Angel, no podían haberlas pintado sino después de haberlas visto en el cielo; orando antes de tomar los pinceles; derramando lágrimas al pintar la pasión y la agonía de Cristo; sonriendo á visiones celestes al trazar el divino rostro de María; ese arte sube al Thabor y sustenta la Cruz sobre sus hombros, imitando al Cristo, con el auxilio de Rafael; conmueve en el Calvario por Velázquez; y asciende á los cielos en pos de María, siguiendo la inspiración de Ticiano.—Obras sublimes que, conquistando una finalidad soberana, convertidas en senderos del cielo, parecen exclamar con el profeta: «*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine: dedisti letitiam in corde meo* (2): sellada está Señor, sobre nosotros, la lumbre de tu rostro: diste alegría á nuestro corazón.»

Mas faltaba, señores, realizar una empresa que ningún pintor se había atrevido á acometer, á pesar de la conocida sentencia del poeta Venusino (3). Contaban los griegos que cierta joven, en vísperas de una ausencia, había diseñado en la pared los contornos de la sombra de su amante, y que así nació la pintura. La escuela cristiana, dice Chateaubriand, ha buscado otro maestro, y lo encontró en aquel Artista que, amasando un poco de barro con sus hábiles manos, pronunció estas palabras: *Facia-*

(1) San Juan de la Cruz, Canción entre el alma y su Esposo.

(2) Ver. 7 del Ps. IV.

(3) *Pictoribus atque poetis, quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.* Q. Horatii Flacci. *Epistola ad Pisoas.*

*mus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (1). «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» Ahora bien, y aquí sube de punto el temor con que empecé á hablaros, entre las criaturas salidas de la mano de Dios, hay una á quien Él dice á toda hora: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres (2) hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin manchilla (3)»: su figura llena todas las páginas por Él inspiradas; sonríe en el Génesis por entre las enramadas del Paraíso, y resplandece en el Apocalipsis entre las estrellas del cielo, pudiendo decirse que el Antiguo y el Nuevo Testamento se vuelven á mirarla, como los dos serafines que, colocados sobre el arca de la alianza, miraban al propiciatorio. «El Señor (4) la poseyó en el principio de sus caminos, desde antes que criase cosa alguna: aun no existían los abismos, y ya era concebida: aun no habían brotado las aguas, ni los montes se habían asentado, ni se habían hecho la tierra ni los ríos, y ya había sido dada á luz. Cuando Él preparaba los cielos; cuando cercaba los abismos; cuando afirmaba la región etérea, y equilibraba el cristal de las aguas; cuando circunscribía al mar en su término, y daba leyes á sus olas para que no rompiesen el frágil muro de arena; cuando colgaba los cimientos de la tierra; en Él estaba aquella criatura hermosísima, concertándolo todo, deleitándose cada día, y regocijándose á toda hora en su presencia.» Por eso, como hace años decía un orador que me escucha, la naturaleza entera, reconociéndola como su primogénita, se complace reproduciendo á los ojos del creyente su célica hermosura, y el lago la retrata con la limpidez de sus ondas: las flores las bordan con sus matices, el alba nacarada con sus perlas, el cielo con su arrebol, el iris con sus colores, las estrellas con su luz, y los soles con su lumbre. Los hombres, por eso, la visten de nubes nacaradas, la coronan de gotas de rocío, la ponen una guirnalda de flores, y la llaman *aurora*: la cubren de rubíes y záfiro, y la llaman *estrella*: bordan su manto de mil colores, y la llaman *iris* de esperanza; la sombrean

---

(1) *Génesis*. Cap. I. v. 26.

(2) ¡*Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!* Cant. c. IV. v. 1.

(3) *Soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea.* Ibid. c. V. v. 2.

(4) *Prov.* c. VIII. v. 22 al 30.

con el follage del terebinto, la perfuman con la fragancia de las rosas, la encumbran sobre los cedros del Líbano, y la llaman *cedro rosa y terebinto*: y no encontrando ya palabras ni expresiones que dedicarla, la consagran—y con más verdad que nunca— la palabra que mejor se pronuncia, la palabra más hermosa, más tierna, más dulce, más consoladora: la primera que aprende á balbucear el tierno infante en su cuna de niño, y la última que consigue articular el moribundo en su lecho de muerte: la llaman ¡*Madre!* y á este nombre celestial le acompañan de mil y mil complementos á cual más significativos, y la llaman *Madre del Amor Hermoso, Madre de la santa esperanza, Madre del Consuelo, de los Remedios*, de todos los peligros, de todas las necesidades, y vosotros muy especialmente *Madre de la Antigua*.

Y bien, ¿cuál fué el prodigio en la formación de esta criatura perfectísima? ¿Cuál fué la maravilla en la *Concepción* de esta obra maestra del divino Artista? Pues sucedió que en Ella, la sabiduría edificó para sí una morada (1); sucedió que este tabernáculo santo, cuyos materiales no fueron como los del templo de Salomón, preparados por los vasallos del Rey de Hiram, sino por el mismo Dios de los serafines, debía ser y fué del todo puro, del todo santo, del todo inmaculado; sucedió que, no solo fué su techumbre de ricos paños y preciadas pieles, sus paredes de madera de Setim, sus cortinas de púrpura y escarlata, sino que, para que todo él resplandeciese con riqueza incomparable, hasta sus basas, como las del tabernáculo de Israel, fueron de plata finísima é incontaminada; sucedió que, como cantaba vuestro Miguel Cid,

— «La culpa y gracia en carrera

» corrieron ambas á dos;

» fué la gracia más ligera,

» y entróse dentro de vos

» y la culpa quedó fuera; »

sucedió que, como dice la Biblia (2), el Sansón divino bajaba de la tierra santa en busca de una filisteá, amada de su corazón;

(1) Sapientia edificabit sibi domum. Prov. c. 4, vol. 1.

(2) Judic. c. XIV.

tras él caminaba su madre, compañera de su viaje; tenían que cruzar un vasto desierto; cuando al pasar los alegres viñedos de los confines de Judá, oyen los rugidos de un león; y entónces el hijo, celoso por su madre santísima, salva el collado, salta las breñas y malezas, y se presenta á la fiera del desierto, que esperaba á los viajeros: el rey de las selvas ha medido el campo, ha dispuesto sus garras, ha encrespado su melena, y ardiendo las pupilas, abiertas las fauces, se precipita de un salto; pero se encuentra con los brazos abiertos de Sansón que le recibe, le comprime, le aprieta contra su pecho y le ahoga, arrojándole á sus pies como á recién nacido corderillo: sucedió en fin, que, como dice el Corán (1): «Los ángeles dijeron á María: Dios te ha escogido y te ha hecho libre de toda mancha.»

Y bien, señores, si como Platón hizo decir á Sócrates en el *Hippias*, «todo lo bello es difícil»; y si, como enseña el Doctor Angélico (2), María fué elevada hasta los límites de la divinidad, y colocada en ellos despide tantos rayos de luz, que se hace inaccesible aun á las inteligencias seráficas, ¿quien osaría representar en el lienzo, por mano de hombre, la *Concepción Inmaculada* de la Madre del Redentor?

¡Oh! la alta empresa reservada estaba—digámoslo con noble orgullo—á un pintor español, á un hijo de este suelo, donde se ve *flammeiar l'ardente spiro d'Isidoro*, que decía Dante (3); de esta tierra donde siempre se creyó con Leibnitz (4), «que las primicias y la flor, por decirlo así, de todas las cosas, incluidas las bellas artes, á Dios deben ser dedicadas»; á un discípulo de esa famosa escuela sevillana, cuyos maestros instintivamente adoptaban por divisa aquel estatuto de la escuela de Siena: «nuestra vocación y destino, por la gracia de Dios, es publicar las maravillas de la fe á las almas rudas que no saben leer (5)»; estaba reservado á un hijo de esta ciudad cuyo cielo parece estar hecho para dar estrellas á la frente de la Inmaculada, cuyas flores pa-

(1) C. 7. v. 2.

(2) Div. Thom.—2.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, Quæst. 103.

(3) *Divina Commedia—Del Paraíso.*—Canto X.

(4) Leibnitz.—*Syst. Theolog.*

(5) *De los estatutos para el arte de la pintura en Siena*, año 1355.

recen alfombrar sus pasos, y cuyo Betis murmura también el nombre de la Virgen y parece que se queja, al pasar por junto al templo, de que no puede besar las plantas de su excelsa Patrona; estaba, en fin, reservado, á un hijo de esta ciudad nobilísima, que en sus muros, en tiempos de dominación y conquista, veía quedarse á la Virgen entre los Alhamares, para sostener inteligencias con los cristianos (1); y en días de libertad y triunfo, veía entrar por sus puertas á un Rey santo, con el estoque desnudo y capitaneando un ejército de héroes, dando escolta de honor á la *Virgen de los Reyes*, que en triunfal carroza atravesaba los rendidos muros de Sevilla.

Preguntándose en una asamblea de la vecina Francia, dónde estaba escrita la Ley Sálica, se dijo por uno de los circunstantes, que en el corazón de los franceses; si me preguntasen á mí dónde está escrita la ley de la exención de María del original pecado, diría sin vacilar que en el corazón de los españoles. En su corazón de hijo de España, vióla Murillo; y él, que había visto el suelo de su patria sembrado de santuarios en honor de la Virgen, semejando las medallas de un inmenso rosario, tendido de un cabo á otro de la Península; él, que había oído la voz de las ruinas cantar por boca de Rodrigo Caro la muerte de la antigüedad pagana, y la inmensa voz de los mares por boca de su otro paisano, el cantor de Heliodora, celebrar con inspiración bíblica el triunfo de la fe en la más alta ocasión que presenciaron los siglos; él, que se había revelado como pintor asombroso en el pequeño claustro de una pobre iglesia de Capuchinos, á la que, como á *Santa María* de Florencia, hubiera saludado Miguel Angel con el cariñoso título de *sposa*; él, que para salir del templo había esperado tantas horas ante *El descendimiento* de Pedro de Campaña, «á que acabasen de bajar de la Cruz á aquel divino »Señor»; con el pensamiento y el corazón en el cielo, en la paleta los fulgores del firmamento con la albura de la nieve y los rosicleres de la aurora, toma los pinceles y, bajo una luz de oro candente, sobre argentadas nubes, con vestido del alba y manto del cielo, entre una verdadera guirnalda de querubines que,

---

(1). Alude á Nuestra Señora de la Antigua, cuya imagen entraba á visitar San Fernando durante el cerco de Sevilla.

como diría Vasari, «pajono veramente piovati dal cielo», y que lá circundan como una lluvia de capullos entreabiertos, desprendida de altísimo ramillete, pinta, digo, la imagen, la gran imagen, la imagen de la Inmaculada. ¡Ah! Yo no soy Murillo, señores, yo no soy Murillo, y no puedo pintárosla; pero ahí la tenéis; ahí están á nuestra vista esas admirables *Concepciones*, las que los modernos Verres os han dejado (1). ¡Es Ella! ¡Ella! como debió verla Isaías en las profundidades del porvenir; como debió aparecérselle descendiendo sobre la tierra, con los ojos vueltos al cielo, radiante de humildad y ternura, con todo el candor de una eterna virginidad: las manos juntas sobre el pecho, los pies desnudos, suelto el cabello y flotante en un aire no atravesado por los humanos alientos: *hermosas sus mejillas como de tórtola; sus labios como cinta de grana; su cuello como collares de perlas, con cadenillas nieladas con gusanillo de plata; su estatura como la palma; flor del campo, lirio de los valles, huerto cerrado, montón de trigo cercado de azucenas*, que, cuando la voz de la tórtola se ha oído, cuando han brotado las flores y las mandrágoras han dado olor, descende á esperar que, con la cabeza llena de rocío venga al monte de la myrra y al collado del incienso el Amado aquel que apacienta entre los lirios.

«Tales son los cuadros—dice el severo autor de *Le pafum de Rome* (2)—tales son los cuadros del gran español, verdadero hijo de esa nación teológica que ha producido tantos profundos doctores.» Si como alguien ha hecho decir al mismo Murillo (3), las formas de sus figuras no son como las del hércules Farnesio, del Laocoonte y de las Niobes, tienen la sencillez, la humildad y el candor de la que fué elegida entre millares para ser Madre de Dios, sin dejar de ser virgen. Si no tienen la gracia ática, tienen la gracia turdetana, la romulense, que es la gracia de las gracias de España, desconocida para los transpirenánicos. No son, en efecto, sus *Purísimas* las bellas morenas de Ticiano; las hermo-

(1) Verres, célebre robador de objetos de arte, fustigado por Cicerón en sus *Orationes*.

(2) Lonis Venillot, lib. VII.—*Promenades et causeries*.

(3) Diálogo entre Murillo y Mengs, cuyo autor se sospecha fué Ceau Bermúdez.

sas rubias de Pablo Veronese; las deslumbradoras matronas de Rubens; las esbeltas señoritas de Guido y Sassoferrato; ni las beldades de Lippi, todas como Lucrezia Butti; ni las desdeñosas bellezas de Andrea del Sarto, todas como Lucrezia Fede, ni las Madonnas de Rafael, algunas como la Fornarina. Murillo vivía en familiaridad con los religiosos, en medio de un pueblo que había adoptado, por fórmula de cordial saludo, la profesión de fe en la Inmaculada Concepción de María: por eso, cuando hasta el mismo Salvator Rosa, el sempiterno buscarruidos, amigo de Masaniello, lamentaba.

«Che nelle Chiesse ove s'adora e prega  
»Delle donne si fanno i ritrattini,  
»E la magion di Dio divien bottega (1)»;

cuando encarándose con el mismo titán del arte, le decía:

«Michel-Angiolo mio, non parlo in gioco  
»Questo che dipingete é un gran *Giudizio* (2):  
»Ma del giudizio voi n'avete poco»

el artista español adoptando como vuestro Andrés de Medina (3), la divisa de un corazón alado, con la leyenda *amor y más amor, solo de Dios nuestro Señor*, hacía con la pintura algo de lo que aquel bendito varón redimiendo á las cautivas del vicio.

Y ¡en qué ocasión, señores! ¡Cuando el protestantismo, llamando á nuestras puertas, meditaba la destrucción de la piadosa creencia en la Inmaculada! ¡Oh! Así como en el siglo V la herejía de Nestorio, buscando ser vencida, no por la inteligencia del hombre, sino por el pie de una mujer, como Dios lo había anunciado, dió ocasión á que se empezase á pintar al Dios-Niño en el regazo de su Madre-Virgen; así también, en el siglo XVII, la nueva herejía consigue en España que el inmortal Murillo pinte sus magníficas *Concepciones*, con tan alta inspiración, con tal de-

(1) Salvator Rosa.—Satira terza.

(2) *Ibid.* Se refiere al fresco de *El Juicio final* en la Capilla Sixtina.

(3) Varón de extraordinaria virtud, enterrado en la iglesia del convento de la Consolación.



licadeza, con tal ternura, que con razón pudo decirle vuestro Reinoso.

«Tú del empireo santo  
 »La luz viste sin velo,  
 »Y la mostraste pura al bajo suelo (1).»

Oid, señores, en el sitio de la tumba de Domicio había, según popular tradición, un árbol al que venía á posar constantemente un cuervo. Un día, al pie del árbol, la piqueta encontró una urna, conteniendo las cenizas de Nerón. Pasaron siglos, y el cuervo volvió á aparecer en forma humana. Sus graznidos despertaron la furia de Nerón, y de las venas de la Iglesia corrieron rios de sangre; allí vivió Martín Lutero. ¡Nerón y Lutero! El cuervo..... pero no temáis; en el sitio de la tumba de Domicio se levanta hoy *Santa María del Pópolo*, ¡un templo de la Inmaculada! No hayáis cuidado: el cuervo es menos negro que blanca la paloma.

¡Oh! delante de esa *paloma*, delante de esas *Concepciones*, el mundo ha hecho más que aplaudir: se ha arrodillado. Esos lienzos portentosos han recibido las lágrimas del huérfano y de la viuda: el náufrago los ha circuido de ex votos; el guerrero de banderas: los poderosos de joyas; los humildes de flores; todos de bendiciones. Por ellos, como por otras escalas, la oración ha subido al cielo, cargada de súplicas, y ha vuelto á bajar cargada de beneficios. Ved ahí la gran recompensa del arte por el amor redimido; ved ahí la gran gloria del único pintor de la *Inmaculada*.—¡Oh! no..... el único no. Ha habido otro. Nosotros le conocimos: le conocimos en una ciudad semejante á la montaña que columbró Isaías, levantada por cima de las colinas y visible de todas las partes del mundo: le conocimos en una basilica donde toda la historia, toda la ciencia, todo el arte, todas las riquezas de la naturaleza, todas las concepciones y todos los trabajos del hombre se han reunido para confesar al Hijo de Dios, para bendecirle y glorificarle: le conocimos rodeado por aquel coro én que, junto con los ángeles, cantan Pergolesse, Allegri y Palestrina: en el centro de aquel *colonnato* que parece adelantarse para abrazar al mundo, le conocimos resplandeciente de ciencia, radiante con la

(1) D. Félix José Reinoso.—Oda á las artes de la imaginación.

púrpura de los mártires, guardado por las reliquias de los santos, apoyado en las columnas en que se apoyó el Salvador de los hombres, circundado por las tumbas de veinticuatro Papas, entre los que se cuentan San Gregorio el Grande y San León, el inmortal vencedor de Atila: le conocimos rodeado por los restos venerables de San Simón y Judas, de Proceso y de Martiniano, del Nacianceno y el Crisóstomo: le conocimos de rodillas ante las reliquias del Príncipe de los Apóstoles, poniendo su palabra como un escudo ante el pecho del débil, como un bálsamo en las heridas del enfermo, como una luz ante los ojos del impío, como un diamante en el guardajoyas de la Iglesia, y en las murallas de la Religión como un baluarte: le conocimos escribiendo sentencias pavorosas en el festín de todos los Baltasares, y hablando palabras de verdad á todos los Nabucos de la tierra; sellando con *el anillo del pescador* todos los verdaderos adelantos, todos los legítimos progresos; cegando las lagunas del error y la concupiscencia mil veces más pestilentes que las lagunas pontinas, cegadas por Pío VI: le conocimos, en fin, con la frente en las tempestades del tiempo, pero con los pies en la roca incommovible fundamento de la Iglesia de Cristo, tan admirablemente representada en el templo Vaticano, desde el *colonnato* hasta el mosaico de Giotto; desde las estatuas de Constantino y Carlomagno, convertidas en centinelas, hasta la estatua de Júpiter capitolino, convertida en estatua de San Pedro; desde las lámparas de la *confesión*, hasta la silla del pescador, que sostienen los grandes doctores; desde el obelisco de Nerón trasformado en relicario, hasta la cruz que resplandece sobre el panteón de Agripa, arrojado á los aires con esfuerzo gigantesco, por el genio colosal de Buonarroti.

¿Os acordáis, señores? ¿Os acordáis de Pío IX? ¿De aquel que, como el Apóstol de las gentes, llevaba en su cuerpo las marcas del Señor, sus llagas sacratísimas? ¿Os acordáis de aquel que lloró tantas veces en el nuevo Gethsemaní, de aquel cuyas cenizas han sido insultadas por las fieras del nuevo circo cuyas graderías ocupan, *pollice verso*, todos los poderosos de la tierra? ¡Ah! Dios ha querido que Pío IX emulase con todos los ludibrios, todas las glorias de los Pontífices mártires: las cenizas de muchos de estos fueron arrojadas á los lugares inmundos: el cadáver de Pío IX

ha pasado por entre los energúmenos de Italia: ¡ya ha pasado por la cloaca máxima!

Pío IX no tuvo un Murillo que retratase su figura de ángel: solo los católicos procuramos engujar el rostro del Vicario de Cristo con el sudario de nuestras oraciones. Si la faz no quedó en el lienzo, si no se reprodujo el milagro de la Verónica, es, ¡ay! porque no tenemos el amor y la fe de aquella Berenice de la calle de la Amargura.

Pues bien; cuando Pío IX estaba clavado en la cruz de sus dolores; cuando mirando al cielo, había ya exclamado: «perdónalos, padre mío, que no saben lo que hacen»; cuando su alma abrasada había exhalado aquel *sitio*, lamento de un amor indecible; mirando á la tierra desolada, á la humanidad en mortal desmayo caída, levanta otra vez su voz augusta, y exclama: *Ecce mater tua: Ecce mater tua*; y desclavando su diestra nos señala el eterno modelo de Murillo, la Virgen inmaculada, la *Concepción* purísima, sostenida por nubes, inundada de luces, coronada de estrellas y circundada con el nimbo de la verdad infalible que prescribe su creencia á todos los fieles de Cristo.

*La Inmaculada, Pío IX y el pintor de las Concepciones*: ¿no era este, señores, el asunto que habíais señalado á mi discurso? Ya solo, para concluirle, me queda decir con vuestro Argote de Molina:

- Pues ves, sagrado Bétis,
- »Cuán pobre loa es esta,
- »Haz que canten tus cisnes lo que resta.» (1).

Cantad, pues, con la entonación gallarda, con la inspiración esplendorosa, con la fuerza colorista que el incomparable cielo de Andalucía comunicó á la escuela sevillana. Mientras vosotros empleáis esos colores á la luz del día, á mí, que he trabajado en la noche, aunque para mi cuadro no habrá mañana, aunque por él no han de otorgarme la libertad de nadie, dejadme que le firme con el único nombre que entre vosotros me corresponde, dadme que le firme con el nombre de *Sebastián Gómez, el esclavo de Murillo*.—He concluído.

(1) Elogio á la historia y antigüedad de España.

## Á LA ACADEMIA HISPALENSE DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

---

### I.

Honra á la ilustre ciudad de Sevilla tener en su seno la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino.

Sevilla, que guarda como madre cariñosa la memoria querida de San Fernando y de Alfonso el Sabio; Sevilla, que recuerda con orgullo los acentos líricos de Herrera y las notas elegiacas de Rioja; Sevilla, madre de Murillo, príncipe de los pintores españoles; Sevilla, que nos refleja en sus mujeres encantadoras la hermosura de su cielo, el ámbar de su atmósfera, el hechizo de sus florestas; Sevilla, patria de tantos varones ilustres, de tantos portentos artísticos, de tantas glorias españolas, creadas al calor inextinguible de la santa fe de nuestros padres; Sevilla recoge y condensa en instituciones como la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino el corazón egregio y el alma eximia de aquellos sevillanos que, fieles á su prosapia, acrecientan el tesoro de las virtudes heredadas, y atraen al hogar solariego de sus mayores á tantos varones insignes en las letras castellanas, aunque nacidos bajo otro cielo. Digna, muy digna es la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino de que yo, ave de paso en esta región, mi patria nativa, antes de levantar el vuelo hacia las playas americanas, hogar de mis hijos y mi propio hogar, hace tantos años, le consagre el PERFIL siquiera del rostro santo de

### JESÚS DE NAZARET.

Cuando el alma se hunde en la degradación, el cuerpo desfallece y se deforma, en justa expiación al quebrantamiento de la

ley moral, que quiere perfecto al hombre. Buscad, confundida entre los malayos, la raza enérgica, vigorosa y altiva de los compañeros de Vasco de Gama, y decidme si aquella posteridad envilecida, que los vicios afearon, mantiene un rasgo siquiera varonil, hermoso, de su arrogante estirpe. El paso vacilante, la enteca musculatura, la fisonomía brutal, nada revela, en aquella raza degenerada, á los descendientes de Vasco de Gama y de Alburquerque. Cuando mejoran las condiciones morales, mejoran las condiciones físicas de los pueblos. La raza africana trasplantada al Nuevo Mundo tendrá una descendencia superior, física y moral, al tronco africano, gracias al medio civilizador en que llega á la vida y en que desenvuelve sus facultades. La fealdad del alma no puede mantener la hermosura del cuerpo. Manten-gamos el orden de las partes, si queremos la armonía del conjunto. Guardemos las leyes naturales, si queremos mantener el semblante divino. Procedamos como hijos de Dios, si queremos mantener su semejanza.

Hay relaciones íntimas, aunque misteriosas, entre el desorden físico y el desorden moral. La creación es una; y afectado uno de sus elementos, han de afectarse los otros, según el orden de su proximidad ó la fuerza atractiva que recíprocamente los sostiene. Una es la ley suprema de la vida, como es uno el Supremo Legislador, y todo es sencillo en el plan del universo, porque no cabe complicación ninguna en la inteligencia divina. Por eso con tanto orden, con tanto concierto, giran los orbes en el espacio, *dóciles* á la voluntad de Dios; y por eso con tanto desorden, con tanto desconcierto, *indóciles* al mandamiento divino, giran las sociedades humanas. El LIBRE ALBEDRÍO, nuestro privilegio soberano, es timbre de gloria, cuando NO TUERCE nuestra naturaleza; y es padrón de infamia, cuando nos enreda en la culpa, y conturbada la conciencia, padece vértigos el espíritu y desmayos el corazón. Entónces, roto en nuestras manos el cetro de nuestra soberanía, humillada nuestra jerárquica condición, vamos al azar por el sendero del mundo, esclavos del capricho, súbditos de todas las tentaciones, hasta que el dolor nos despeja los sentidos, hasta que nos ilustra el escarmiento, hasta que el acerbo fruto de nuestra ignorancia nos hace *conocer* el mal sendero y *adivinar* el buen camino. En el amplio ejercicio de nuestra

libertad somos los esclavos de todas las miserias. Por eso á los grandes desmayos morales siguen fatalmente las grandes convulsiones públicas. Por eso, cayendo hoy y levantándose mañana, sedienta siempre de vida, anhelosa de perfección, avanza á sus destinos providenciales la especie humana, esa eterna lidiadora del mundo. Si sus multiplicadas derrotas la quebrantan y la humillan, sus contadas pero gloriosas victorias la fortalecen y la ensalzan. Si hay algo de satánico, hay algo de divino en nuestra especie. La lucha será larga y reñida entre esos elementos. Por más porfiado que sea el combate, siempre, siempre ha de acabar al fin lo satánico por humillarse á lo divino. En comprobación de esa esperanza, cuando mayor desolación cubre la tierra, cuando parece el hombre más abismado en todo lodazal de ignominia, y borrado de su frente todo rasgo de su nativa prosapia; ALGO, como de celestial regocijo, penetra en las entrañas de la humanidad, las estremece, y les hace presentir NUEVAS FUERZAS para conquistar NUEVA VIDA. Lo satánico se esconde, aparece lo divino. Las sombras de la tierra huyen ante las claridades del cielo. Tiene carácter inextinguible la nueva luz que despunta en el horizonte. Las sombras intentarán, más de una vez, recobrar su perdido imperio; pero lo intentarán en vano; y en vano intentará lo satánico recobrar sus pasados dominios, porque en la lucha del bien y del mal, siempre será del bien la victoria. Satanás no poseerá el mundo. Sellado con el sello de la eterna reprobación, puede irritarle y enardecerle la soberbia; pero la soberbia, cuanto más irritada, más se debilita, y cuanto más enardecida, más se anonada. Contad los lidiadores que descienden más altivos y más furiosos al campo del error, y veréis qué poco les dura la altivez y qué poco la furia; y qué pronto caen quebrantados, ó por el frenesí de la contienda, ó por la esterilidad del combate. Y eso que luchan en la efervescencia de la vida, locos de apetitos desordenados; y al pasar la efervescencia, que pasa pronto, llevan sobre el alma el remordimiento de tales apetitos, musa de Lesbos, que los arrastró al campo del error para malograr en desastrosa lucha fuerzas destinadas á mejor causa, á más noble destino.

En la vida de las naciones hay horas solemnes, dignas de vivir eternamente en la memoria del mundo. Con más derecho, si esas horas solemnes fijan el IDEAL DIVINO de la humanidad.

Cuando Júpiter Tonante se humilla y Venus la lúbrica se esconde y los oráculos callan y el Olimpo bambolea, y la religión de la materia agoniza, el espíritu inmortal rompe el afrentoso cautiverio, la conciencia humana se siente redimida, y recoge sus tinieblas pavorosas la noche moral de la humanidad. Camina el hombre á oscuras: el vértigo le marea: un cielo de plomo pesa sobre su alma, y la abyección de su espíritu encorva su cuerpo hacia la tierra. Turbia la pupila: vacilante el paso. Mira hacia atrás, y tiembla: al rededor, y se acobarda: hacia adelante, y espera. Un secreto instinto presagia los grandes dolores como presagia las grandes alegrías.

Cuando César es Augusto y Herodes es Grande, mísera y abyecta la humanidad, no hay servidumbre como su servidumbre.

Batan palmas, entonen himnos, exalten su entusiasmo todos los pueblos oprimidos bajo el peso de su doble servidumbre, que ya despunta en el horizonte la aurora de su libertad.

¡HOSANNA!

¡Bendito el Gran Libertador! ¡Bendito! ¡bendito!

Desnudo de sus atractivos eternos, mirado en su naturaleza humana, no hay fisonomía como su fisonomía. Su naturaleza física es un milagro: su naturaleza moral es un portentoso. ¡Armonía inefable en la Persona de la más perfecta de las criaturas! Desde que giran en el espacio los cielos y la tierra, nada igual ha visto el mundo.

¡De rodillas los Reyes y los pueblos para celebrar la

NOCHE-BUENA

de la humanidad, el natalicio adorable del Hijo de María de Nazaret!

¡HOSANNA!

¡Bendito el que llega en el nombre del Señor!

La Rosa mística de Nazaret oculta sus virginales encantos en un pesebre; y bajo el techo más humilde, y entre animales, nace al mundo la Esperanza de las naciones, el Sol de Gracia que

inundará los cielos, sin que haya ocaso para ese Sol. La ascensión moral de Jesús es única en la tierra.

¡Imitadla vosotros, corazones excelentes, espíritus magnánimos, inspirados en la gracia de Dios! Si hay pendientes abruptas, veredas espinosas, subidas escarpadas, el Maestro os señala el camino: su ejemplo os atrae, su mano os corona, y esa corona es inmortal.

¡Y Tú, amado mío, Tú, que has dado todo tu corazón á los hombres, no encuentras hospitalidad en la tierra! ¡Tú, que rompes el cautiverio de su espíritu, que eres la NOCHE-BUENA de la humanidad, naeces en un pesebre! ¡Tú, que haces con tu soplo infantil temblar á los tiranos; Tú, lirio del valle de Zabulón, Tú, en tu pobre cuna recibes los dones que se ofrecen á los grandes de la tierra y al Soberano de los cielos! Oro, incienso y mirra. Te adoran los limpios de corazón y los rectos de espíritu: en tu naturaleza humana eres adorable, porque LIBERTADOR cómo Tú, amado mío, no le vió ni le verá el mundo.

Primero pasarán los cielos y la tierra que pase la virtud de tu palabra, la eficacia de tu ejemplo, la santidad de tu moral. Al pie de tu cuna brota el árbol genealógico de la dignidad humana; y el que más se acerque á Ti, Salvador mío, es el más noble. Lo que Tú no ilustres, no resplandece. No es honorífico lo que Tú no condecoras. El que Tú humilles, humillado está. Tú eres el numen de los prodigios. Besar el polvo de tus pies, no perder una de tus palabras, inspirarse en tu ejemplo, es ser libre, es ascender en la jerarquía moral, cuyo solio es tu solio.

Si al nacer Tú bambolea el Olimpo y se estremecen sus númenes y palidecen las Majestades de la tierra, tu sola humanidad sobra para confundir á los modernos gentiles. ¡Cómo, sin cegar, pueden sostener el resplandor de tu mirada, y escuchar, sin estremecerse, el acento de tu voz, los que, vendidos al escándalo, antes que negarte á Ti, que eres innegable, niegan á su conciencia!

Las primeras figuras de la Historia palidecen ante tu figura. Tú no tienes igual. La cuarta parte de la población del mundo te confiesa y adora. Y esa cuarta parte es la aristocracia de la humanidad.

Tú abatirás á Moloch, donde quierá que Moloch tenga altares.



Tú romperás en la frente de los tiranos todo cetro indigno.

Tú, Maestro inefable, Tú señalas las veredas del descarrio, y el que no escucha tu reclamo, se pierde; y señalas el camino real de la verdad; y el que escucha tus solicitudes se salva. El género humano te debe su glorioso porvenir.

Veamos el retrato que nos da de Jesús de Nazaret Publio Léntulo, Procónsul de Judea.

«Publio Léntulo, al Senado romano, salud.

«En estos tiempos ha aparecido y vive entre nosotros un hombre llamado JESÚS, que los bárbaros apellidan Profeta, y sus discípulos le consideran descendiente de los dioses inmortales. Su rostro es dulce y simpático: es prudente, modesto y sabio. Nunca se le ve reír, y con frecuencia se le ve llorar. Reprende con majestad, exhorta con dulzura, cura á los enfermos y resucita á los muertos. Por su gran belleza y divina perfección excede á los hijos de los hombres....»

El que restituye la vista al ciego de Jericó, el que cura al paralítico de la piscina y al siervo del centurión y resucita á Lázaro, es el mismo que restituye la vista á la ciega humanidad, que cura la parálisis hereditaria de los pueblos, que resucita á toda la descendencia de Adán.

Entre los nacidos, Tú el único EXCELSO, Salvador mío. Tu natalicio es la

#### NOCHE-BUENA

de la humanidad. En honra y gloria tuya entonen himnos y batan palmas los pueblos agradecidos.

## II.

¿En esta SEMBLANZA HUMANA encuentran algún rasgo digno de eterna reprobación los modernos gentiles? ¿Tienen entre sus idolatrados PERSONAJES alguno que pueda sostener el paralelo con este POBRE DE NAZARET? ¿ALGÚN PERSONAJE que no sea sombra fúnebre ante esta plácida claridad, HUMILLACIÓN ante esta EXCELENCIA, ignominia repugnante ante esta gloria encantadora, se-

pulcro blanqueado ante esta VIDA, sobre la cual no pasó ni siquiera la leve sombra del pecado?

*¿Quis ex vobis arguet me de peccato?*

¿Puede hacerse igual pregunta, sin estar herido de soberbia satánica, alguno de los sabios de la tierra? Si el modelo os desagrada, no le imitéis, pero aplaudidle. Aplauso merece, y hasta adoración, la clara estirpe de nuestros padres, por más villana que sea su posteridad. Esclavos del mal, no maldigamos el bien. El que nos ensalza y nos glorifica con su ejemplo, y no tiene igual en el mundo como HOMBRE, merece nuestra gratitud y nuestra veneración. Cuando volvemos la espalda á nuestro hogar nativo y olvidamos la tradición genealógica de nuestros ilustres ascendientes, el pie vacila, la mirada se turba, el espíritu flaquea; y caídas las alas del corazón, nos atrae y nos cautiva el lodo de la tierra. ¡Con cuánto terror navegamos por este piélago azaroso de la vida, cuando perdemos de vista el cielo y no columbramos en el horizonte la estrella polar de nuestro destino! Libertar el cuerpo y esclavizar el alma; dar el cetro de la vida á la parte más ruda y más tormentosa de nuestro ser; ó si queréis más, negar el espíritu, arrancándole para la materia sus atributos soberanos; y proclamar á la materia árbitra única de la vida, de tal modo, que lo que ella apetezca, bien apetecido está, sin coto ni valla para sus liberales tentaciones ni para sus arranques frenéticos, porque su autonomía es soberana; proceder de esa manera es convertir el mundo en un infierno, más terrible que el infierno de los condenados. El hombre entonces es más fiero que la fiera, más repelente que el reptil, más inmundo que los seres más inmundos. Desciende de muy alto, y en el abismo de la degradación, nada más deforme, nada más espantable que su fisonomía. Por eso no hay fealdad más repugnante que la hermosura que los vicios afean.

Á espaldas de la Cruz, en la edad gentilica, no encuentro pueblo más degradado que el pueblo romano, bajo el reinado de Tiberio, de TIBERIO AUGUSTO. Y el pueblo romano es el corazón y el alma del mundo.

¿Qué será de la desvalida humanidad, empeñada en tan mal

sendero, si una luz milagrosa, hiriendo su pupila, no la fuerza á penetrar en el abismo de desolación donde se retuerce desesperada? ¿Qué principio vital puede infundirse en ese pobre cuerpo que se cae á pedazos, gangrenado por todo género de vicios? ¿Por dónde principiar la curación, si todo el cuerpo es una viva llaga? Cuando el huracán de las revoluciones azota los pueblos y quebranta hondamente su moralidad, que es su vida, el hogar doméstico es el paladión de las buenas costumbres. Ni ese santo refugio queda á esa sociedad excomulgada. Todo lo inunda la corrupción, todo lo señorea con tiránico señorío.

Por este tiempo comienza á oirse en el fondo de la Galilea la voz, *verdaderamente extraña*, de un Joven oscuro que cautiva á las gentes con la novedad de su doctrina. Su EVANGELIO, así se llama esa NUEVA FILOSOFÍA, lo comprenden los ignorantes, cautiva á las muchedumbres, desconcierta á los soberbios y confunde á los doctores. Su palabra, más dulce que miel hiblea, penetra, como un calor vivificante, en el espíritu de los pueblos, que arrobados le escuchan. La caída humanidad presiente que va á ser testigo de grandes maravillas. Lenta y callada, pero segura, inevitable, una prodigiosa revolución moral se elabora en la tierra. Parece que la codiciada rehabilitación humana, anunciada por los profetas, quiere consignar su carácter divino.

Doce hombres vulgares, sin educación y sin doctrina, colaboran en su *extraña predicación*. Apostolado más humilde que anuncie mayores portentos, no lo vió ni lo verá el mundo. Su ley es ley de amor, de encendido amor, capaz de abrasar la tierra, oprimida por el hielo de la impiedad, que es el colmo de la corrupción.

Dispersaos por el mundo, dice á sus discípulos, y en alas de la más ardiente caridad, llevad á los pueblos desventurados el *Verbo*, que así calma los dolores del cuerpo como los martirios del alma. Confiad *mi palabra* á los cuatro vientos del cielo, y ellos se encargarán de exparcirla por las más apartadas regiones para alivio de la humanidad. Y en tres años de predicación enseña más á los pueblos que todos los sabios del mundo; y como enseña la VERDAD, y la verdad no cambia con los tiempos, y es una misma en toda zona y en toda latitud, no cambia tampoco la enseñanza de Jesús de Nazaret. ¡Y qué enseñanza tan fácil y

tan comprensible! ¡Y qué escuela *tan extraña* á otras escuelas! Él aconseja á los ricos, *modesto tribuno de Galilea*, que sean *humbles* con los pobres; y vosotros, arrogantes tribunos de todas las edades, aconsejáis á los pobres que sean *soberbios* con los ricos. Él reclama de los poderosos templanza con el desvalido; y vosotros reclamáis de los desvalidos ira, ira implacable contra los poderosos. Él infunde la caridad en el corazón del rico, y vosotros infundís la envidia, la rencorosa envidia en el corazón del pobre. Él suaviza en los desventurados las heridas del infortunio con el bálsamo de la esperanza y con el premio destinado á la resignación; y vosotros enconáis en las muchedumbres la llaga del sufrimiento, desesperándolas para lanzarlas á la locura. Él sube al Calvario para redimirlas, PREDICÁNDOLES EL DEBER; y vosotros subís al solio del poder público para esclavizarlas, PREDICÁNDOLES EL DERECHO. Él consiente en ser crucificado para gloria del mundo; y vosotros consentís en que el mundo sea crucificado para vuestra gloria. Él, que da vista á los ciegos, habla á los mudos, movimiento á los tullidos, vida á los muertos, se ve atropellado, como sedicioso y hechicero, por los grandes, é insultado por los pequeños. Le maltrata Caifás el soberbio, le escarnece Herodes el bárbaro, le condena á crucifixión Pilatos el inicuo, y le escupe y abofetea el pueblo á quien consagra su vida y por quien muere crucificado. La crucifixión de la SUMA JUSTICIA explica el reinado de la SUMA INIQUIDAD.

Si en alma nacida cabe más alto vuelo, más sublime abnegación, más voluntario sacrificio; si en lo que lleva de vida el mundo han visto las gentes un filósofo como este Filósofo, y escuchado palabra como su palabra; si el entendimiento humano es capaz de idear un arquetipo como este Arquetipo; yo declaro, sin que nadie pueda desmentirme, que hasta que apareció en el mundo el LOCO DE GALILEA, no ha tenido la humanidad un modelo de perfección como este Modelo, ni en la naturaleza humana cabe más santa hermosura. Jesús de Nazaret nos revela nuestra divina prosapia, si degenerada en Adán, regenerada en Jesucristo. Ahí está el Modelo: seguirle es imitarle y crecer en perfección, necesidad imperiosa de nuestra naturaleza.

No puede menos que ser divina la Religión de Jesús de Nazaret, que defiende al débil contra el fuerte, al pequeño contra el

grande, al oprimido contra el opresor. La Religión que tiene abrigo para todas las miserias, bálsamo para todos los dolores, esperanza para todas las desventuras. La Religión que nos recuerda á todos, pobres y ricos, la fragilidad de nuestros padecimientos y la fragilidad de nuestras glorias. Y llegan los resplandores de esa Religión divina, de ese Mesías tan anunciado, cuando más densas sombras cubren la tierra, cuando más degradada la especie humana, cuando es un LAZARETO el mundo; y ese lazareto es el imperio romano, árbitro de la tierra.

El orbe calla: si la plebe es ruda,  
Es vil, hasta no más, el patriciado:  
Y los quirites en ebúrnea copa  
Apuran el placer hasta el cansancio.

Como en cubil, el pobre se revuelca,  
Tras lucha recia, de dolor postrado:  
Y para complemento de ignominia,  
Tiberio Emperador y Juez Pilatos.

EN ESA NOCHE DE TERROR, el mundo  
Se conmueve al oír Tu VERBO EXTRAÑO:  
Verbo más dulce que la miel hiblea,  
Que pueden sólo pronunciar tus labios.

Lirio de Zabulón, amado mío,  
Cuya sola hermosura es un milagro,  
Cuyos ojos, velados de tristeza,  
Fáciles vierten tan acerbo llanto;

LLEVAS ENTONCES nuestra cruz á cuestas:  
Por nosotros te das en holocausto;  
Y al precio de tu sangre generosa,  
Sella el hombre con Dios un Nuevo Pacto.

Y nadie escuchó voz como la tuya,  
Desde que el sol alumbrá los espacios:  
Como el cielo y la tierra te obedecen,  
Cada palabra tuya es un milagro.

«Como el odio es mortal, amor predico:  
Como el mundo es sensual, mi VERBO es casto:  
Juro al calor del Etna de mi pecho  
Derretir las cadenas del esclavo.

Todos, hijos de Dios, todos sois míos:  
 Todos de cuna igual, todos hermanos:  
 En prenda de mi amor, tomadla toda,  
 Tomad toda mi sangre en holocausto.

Todos venís de Dios, y vais al Cielo:  
 Dóviles á mi voz, seguid mi mano;  
 Porque si el Viejo Adán perderos quiso,  
 Ahora el Nuevo Adán quiere salvaros.

Y de la Nueva Alianza en Testamento,  
 Hostia propiciatoria en el Calvario,  
 Con precio de mi sangre al redimiros,  
 Venid á Mí, y os tenderé mis brazos.....»

La VÍCTIMA SANTA bautiza con su sangre generosa la doctrina que enseña. Cuando los pueblos la aprenden y la practican avanzan en el progreso social sin odios que alteren el orden público, por ser Religión de amor. Cuando la aprenden y la practican los gobernantes, la majestad del poder se impone amorosa á las muchedumbres, y es adorable el concierto de las naciones. La doctrina de Jesús de Nazaret suprimirá los *Gobiernos fuertes*, injuria á la dignidad humana: barrerá todas las idolatrías: terminará todos los desastres: todas las violencias; y hará del mundo un templo y del género humano una familia.

Jesús de Nazaret, Pontífice Máximo, Maestro sapientísimo, Modelo óptimo, es adorable en su Santísima Humanidad, porque es la más perfecta de las criaturas. Digna es su sagrada efigie, como ninguna, de tener altar de honor en la escuela, en el hogar, en el santuario de la ley, en todas partes; porque es digna, como ninguna su santa imagen, de que la reverencien todas las generaciones.

Hoy que la vulgar fotografía multiplica de tal manera el rostro humano, que vemos por donde quiera tantas vulgares fisonomías, y hoy que vemos alzarse en las plazas públicas, así la estatua de los bienhechores de la humanidad, como la estatua de los facinerosos más insignes; y hoy que vemos tal furor de vivir en la memoria humana, aunque esperemos caer, como polvo vil, y *caer del todo*, en un muladar; hoy que codiciamos que NUESTRA NOBLE EFIGIE ocupe altar de distinción en las escuelas, para que los niños la adoren; y altar de distinción en el santuario de las leyes,

para que inspire á los padres de la patria; y altar de distinción en el hogar cristiano, para que la madre desventurada se postre agradecida ante la *imagen del sabio* que la degrada, degradando el matrimonio, y confundiendo todos los deberes y todos los derechos de la familia; hoy, con desvergüenza nunca escuchada, sin que nada disculpe la profanación, ni honestifique el pensamiento; hoy, nosotros que seremos el baldón y el escarnio de nuestra posteridad; hoy, nosotros ARROJAMOS de las escuelas, para que no sea escándalo á los niños; ARROJAMOS del santuario de las leyes, para que no sea afrenta á los padres de la patria; ARROJAMOS de nuestro hogar, para que no sea insulto á la familia moderna, LA IMAGEN SACRATÍSIMA DE JESÚS DE NAZARET, que tanto amó á los niños, que tanto ennobleció á la mujer, y que infundió en el espíritu del legislador cristiano los principios salvadores de los pueblos, dignos de vivir en la memoria del mundo. Si por más que escudriñemos la Historia, y por más que la benevolencia nos ciegue, y por más que la sabiduría nos ofusque, no hallamos entre los nacidos Bienhechor más calificado, Maestro más docto, Modelo más ejemplar que Jesús de Nazaret; no puedo explicarme, ni ellos pueden explicárselo tampoco, por qué nuestros sabios modernos, nuestros modernos estadistas, ven con tal desdén y tanta repugnancia, en el puesto de honor que le pertenece, la sagrada efigie de Jesús de Nazaret, que pasó HACIENDO EL BIEN por el mundo: PERTRANSIT BENEFACIENDO.

¡Ay de los pueblos! ¡ay de los reyes, el día que vuelvan la espalda á la Santa Cruz y á los santos altares de JESÚS DE NAZARET!

Los seres que merecieron más crueldad y más desdén al Legislador de Esparta, esos mismos seres merecieron más ternura y más amor al divino Legislador del Cristianismo.

«¡Pueblos y Reyes, de rodillas delante del Crucificado!» Exclama Renán, el mismo Renán.

Caen en la locura los pueblos, y los Reyes en la tiranía, cuando vuelven la espalda á la doctrina de Jesús de Nazaret.

¡Madres de familia! de rodillas en hacimiento de gracias delante del divino legislador del Cristianismo, que os arranca á la degradación para alzaros un trono en el hogar.

¡Hijos de familia! de rodillas en hacimiento de gracias delante del divino Legislador del Cristianismo, que os quiere tanto.

Nacíais á la vida sellados para el más duro cautiverio. En vez del amor, la crueldad os recibía en sus brazos. El beso maternal no os saludaba en vuestra primera aurora; y como vil mercancía podía venderos vuestro padre, y hasta ahogaros en la cuna.

Cuando los GRANDES se humillan ante Jesús de Nazaret, indigna que los PEQUEÑOS le desconozcan y le insulten. Napoleón no es un personaje vulgar ni por su arrogancia, ni por su entendimiento; y Napoleón, al reflexionar cómo nació y cómo creció el Cristianismo, y cómo avanza á ser la religión nacional de todos los pueblos, declara paladinamente ENANOS á los grandes conquistadores, y sólo EXCELSO á Jesús de Nazaret, y FALSAS todas las filosofías, y verdadera sólo la filosofía cristiana. Confiesa que las más altas figuras de la historia se irán *desvaneciendo* en la sombra que sobre ellas vayan las edades condensando; y que el resplandor de la figura de Jesús de Nazaret crecerá al paso que crezcan los siglos, porque es el sol de gracia que ha de inundar los cielos, sin ocaso para ese sol.

Napoleón, aquel hombre á cuya poderosa palabra se prosternaba el mundo, prostérnase él mismo, contrito y humillado á los pies de un joven confesor; prepárase con la austeridad de un cenobita para el trance de la muerte, y al apagarse aquella poderosa pupila que fascinaba á la victoria, y que mantiene como clavada con paternal ternura en el busto de su hijo, el pequeñuelo Rey de Roma, pronuncia con labio trémulo su postrer palabra: «¡Dios mío!» verdadera expresión de la pequeñez humana y de la grandeza divina. Y el último esplendor de su gigante espíritu irradiaba sobre aquella frente, más iluminada y majestuosa entonces, que al pie de las Pirámides, que en Marengo, que en Tilssit.

YO SOY EL CAMINO, dice Jesús de Nazaret; y los extraviados se fatigan, bregando con la locura en medio de las sombras de una noche espantable.

YO SOY LA VIDA, dice Jesús de Nazaret, y los que no apagan la sed en esa fuente regeneradora, mueren abrasados en la lava de todas las concupiscencias.

YO SOY LA VERDAD, dice Jesús de Nazaret; y los que la mentira subyuga y el error encadena, tienen la libertad satánica de perderse, pero no la libertad evangélica de salvarse.

Los modernos paganos, copia más ó menos literal de los pa-



ganos antiguos, dominados con más ó menos furor por los ENCANTOS de la tierra, son incapaces de comprender la vida adorable de Jesús de Nazaret. Guardad esta observación. Todos los Tiranos son materialistas: para ellos no tiene ningún resorte el deber.

Todos los pueblos, moralmente cobardes, son materialistas; para ellos no tiene ningún resorte el derecho.

A donde llega la doctrina católica, no llega ninguna doctrina. Luchan para perder, como los antiguos, los nuevos doctores que la combaten. La vida de Jesús de Nazaret es de una enseñanza tan ejemplar, que es única en la tierra. La verdad es una, y si puede ser combatida, no puede ser anonadada. ¡Alienten las almas cristianas! ¡*Sursum corda!* Se retira avergonzado el paganismo, y *los ateos de palabra* enmudecen. Un siglo más, el siglo XX, y la Religión cristiana señoreará la tierra, y entrará la humanidad en sus gloriosos destinos.

Todas las filosofías que pretenden morder al Cristianismo en el corazón, se muerden sus propias entrañas, y pasan bajo el anatema de sus locuras, no sin dejarnos huella de sus desastres. El materialismo, el sensualismo, el racionalismo, hasta el flamante positivismo de Mr. Littré, brotan todos de la raíz del mismo tronco ateo. Génesis de la soberbia humana, todas esas filosofías debaten en el campo tormentoso de la contradicción, campo de muerte, hasta caer fatigadas en el nihilismo, para recorrer más tarde el mismo círculo vicioso, ya con menor brío y menos espantosa fecundidad, porque nuestro LÁBARO DIVINO, la Cruz de Jesús de Nazaret, estrecha de día en día á esos filósofos el campo de la lucha, postra su soberbia, los vence en todo combate, y los vence sin humillación, para que puedan incorporarse voluntarios y agradecidos á las banderas de la Cruz. Ningún vencimiento humilla, si es de la verdad la victoria, y si estrecha en sus brazos el vencedor al vencido. Tiene de generosa la verdad, lo que tiene de fiera la mentira. Si un día de locura crucifica la mentira á la verdad, la verdad crucificada, resucita gloriosa al tercero día.

JESÚS DE NAZARET es la confusión de los heresiarcas. Los unos, confundidos con tan soberana naturaleza, le declaran MITO. Los otros, asombrados de tan peregrina perfección, se prosternan para adorarle en su santísima humanidad. Yo no sé si será mayor milagro ascender la criatura hasta divinidad, ó descender la

divinidad hasta criatura. Yo sí sé que Arrio, y Socino y Renán, confiesan á Jesús de Nazaret superior á toda criatura. Le confiesan HOMBRE-DIOS. Yo sí sé que nosotros, soldados de su bandera, como nuestros mayores esclarecidos, le confesamos y le adoramos DIOS-HOMBRE, que se dignó descender de su jerarquía divina hasta humanarse, para redención del mundo. Y solo al precio de su sangre sacratísima pudo quedar rehabilitada la descendencia de Adán.

Si borráramos de nuestra memoria la imagen de JESÚS DE NAZARET, y ahogáramos en el error humano la palabra divina, nada tan espantoso como el caos moral que envolvería la tierra. JESÚS DE NAZARET levantó á la caída humanidad, y va delante de ella, divino conductor, iluminándola para evitarle nuevo extravío. Los que vuelven la espalda al Maestro, ya le buscarán ansiosos cuando el dolor del extravío los punce, y la demencia los quebrante, y la desesperación los acose, y el terror de las sombras que se condensan en la atmósfera social, los obligue á caer de rodillas implorando misericordia y abrazándose á la Cruz, cuyos brazos están siempre abiertos para estrechar á los descarriados. Fuera del IDEAL DIVINO de Jesús de Nazaret, no busquen otro ideal los sabios modernos, otro ideal que pueda enseñarles el camino de la perfección, camino de la felicidad, porque lo buscan en vano. Y cuanto más se alejen del IDEAL DIVINO los pueblos y los Reyes, tanto mayor será la confusión en las alturas del poder y en las entrañas de la sociedad. No puede ser más imprevista la elocuencia de los hechos que presenciamos hoy y que presenciaremos mañana en el escenario de las naciones. Como las sombras se van espesando y va el terror apoderándose de nuestro espíritu, ya tiemblan los GRANDES; y conturbados los PEQUEÑOS, siguen el primer loco impulso de la soberbia desencadenada y de la ambición impía, y el choque de los intereses terrenales todo lo desordena y todo lo confunde. En esas horas extremas, encuentran en la promesa divina el refugio del alma, los que recuerdan á JESÚS DE NAZARET: se recobra el corazón fatigado y principia de nuevo á palpar la vida. ¡Alabado, y ensalzado, y glorificado sea el divino fundador del Cristianismo, JESÚS DE NAZARET.

EVARISTO FOMBONA.

Madrid, Junio de 1882.